

## ¿NUEVOS HOGARES PARA LOS EMIGRANTES? CASAS Y PAISAJES EN EL DEBATE SOBRE EL LÍMITE ENTRE COGOTAS I Y EL PRIMER HIERRO EN EL VALLE DEL DUERO

### *New homes for the emigrants? Houses and landscapes in the debate about the limit between Cogotas I Culture-Early Iron Age in the Duero valley*

Antonio BLANCO GONZÁLEZ

*Técnico arqueólogo. Plaza San Jerónimo, 5 - 3.º A. 05001 Ávila. Correo-e: ablancoglez@gmail.com*

Recepción: 2010-07-06; Revisión: 2010-09-24; Aceptación: 2010-11-04

BIBLID [0514-7336 (2010) LXVI, julio-diciembre; 155-179]

RESUMEN: En este trabajo se aborda el proceso histórico entre el Bronce Final y el Primer Hierro como la coyuntura de mayor cambio en la Prehistoria reciente de la cuenca del Duero. Se avanza en su caracterización en términos rupturistas, reconsiderando la importancia de las fluctuaciones demográficas para comprender el nuevo orden social instaurado en la Edad de Hierro. El artículo pretende complementar las lecturas históricas disponibles, tanto histórico-culturales como funcionalistas, centradas en el registro monumental, tratando de superar algunas de sus limitaciones. Para ello se combinan acercamientos a muy distinta escala, que informan sobre el concepto de hogar, como entorno material y simbólico de las vivencias cotidianas, que aúna facetas utilitarias y a la vez rituales. En primer lugar, se revisan las transformaciones operadas en el ámbito doméstico, a través de un proceso que supone la sustitución de la cabaña por la casa, como célula social básica del Hierro Inicial. En segundo lugar, se considera la dimensión territorial del cambio, reuniendo los datos sobre el poblamiento en las distintas comarcas de Castilla y León, que estuvieron sujetas a dinámicas puntuales y alternativas de inmigración o abandono. Ambos fenómenos, precipitados al iniciarse el primer milenio AC, serían síntoma de complejos cambios estructurales, y habrían venido encauzados mediante dinámicas de fisión y reproducción segmentaria. Los aspectos tratados llevan a reforzar la idea de discontinuidad entre Cogotas I y las comunidades del Primer Hierro, dos realidades ordenadas por principios cosmológicos no conciliables, entre las que medió una refundación de la institución del hogar.

*Palabras clave:* Cambio cultural. Casa. Colonización. Edad del Bronce. Primera Edad del Hierro. Submeseta Norte.

ABSTRACT: This paper considers the historic process during the Bronze-to-Iron Age transition as the most important change conjuncture in the recent Prehistory of the Duero basin. It evolves in its characterisation from a discontinuous point of view, and it reconsiders the importance of the demographic fluctuations in order to understand the new social order established in the Early Iron Age (EIA). The article expects to complement the available historic interpretations which focus on the monumental record, like culture-historical and functionalist ones, and its aim is to exceed some of their limitations. To reach this object, approaches at very different scale are combined to give some information on the concept of home, as a material and symbolic environment of everyday experiences, which links both utilitarian and ritual spheres. First, the transformations

in the domestic field are revised, defining a process of substitution of huts for houses, as the elemental social unit in the EIA. Second, the work considers the territorial dimension of the change gathering settlement data from different regions of Castile-Leon, which were subject to punctual and alternative immigration or abandonment dynamics. Both phenomena, being unleashed at the beginning of the first millennium BC, would be a symptom of complex structural shifts channelled through segmentary fission and reproduction dynamics. The discussed themes strengthen the idea of a drastic discontinuity between Cogotas I and the EIA communities. These were two different realities ordered by unsuited cosmological principles through a process of home renew as institution.

*Key words:* Culture change. House. Colonization. Bronze Age. Early Iron Age. Spanish Northern Plateau.

## 1. Introducción

Hace una década G. Delibes (2000/01) publicó en esta misma revista un trabajo titulado “Del Bronce al Hierro en el valle medio del Duero: una valoración del límite Cogotas I-Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto”. En él se repasaban las tradiciones rituales de larga trayectoria, vigentes a lo largo de toda la Prehistoria reciente, que encontraban entre las comunidades de Cogotas I a sus últimos practicantes. Semejante interrupción en unas tendencias de comportamiento de dimensión milenaria invitaba a sugerir, una vez más, la decisiva intervención de factores externos para explicar tal desenlace (*ibidem*: 305). Aunque no se mencionara de forma expresa, entre esos vectores del cambio procedentes del exterior, pudiera encontrarse el movimiento de gentes. Es éste un asunto espinoso, al que suele aludirse de forma encubierta o tangencial, dentro de un debate disciplinar no exento de contradicciones. En este trabajo se reflexionará sobre el mismo, esgrimiendo argumentos alternativos a la luz de la moderna teoría social.

Desde el primer momento, la definición cultural del grupo Soto de Medinilla y de otros focos castreños de la orla montañosa de la cuenca del Duero se ha basado en remarcar sus diferencias frente a Cogotas I (Romero y Ramírez, 2001: 53-60). Una vez arrinconado el paradigma difusionista y la explicación étnico-cultural, desde los años 80 el interés se ha centrado en describir los escenarios que posibilitaron tal cambio cultural. Hasta los 90 se rastrearon en la propia cultura material los posibles eslabones de un proceso de transición interna (p. e. Romero y Jimeno, 1993: 185-187; Esparza, 1995: 142). Más recientemente se acepta la dificultad de reconocer tales nexos, dado el carácter sesgado, fortuito y parcial de las fuentes empleadas (Blasco, 2007; Ruiz

Zapatero, 2007). Ni siquiera la progresiva introducción de otras visiones más antropológicas del problema ha conseguido esclarecer las causas de la ruptura entre ambos mundos. Lo que sí parece fuera de toda duda es que no se trató de un proceso de cambio histórico más. La quiebra entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro en el interior peninsular, entendida como una rotunda y súbita interrupción cultural, viene siendo recalcada en sucesivas ocasiones y desde muy diversos puntos de vista<sup>1</sup>. Las lecturas que se han propuesto basculan entre un polo continuista y estrictamente endógeno o autoctonista –basado en procesos de transición paulatina interna, protagonizados por gentes oriundas– y otro rupturista, que postula el aporte poblacional desde otras regiones, si bien los autores emplean elementos de aquí y de allá.

Es imposible medir el éxito relativo de unas teorías contrapuestas cuando ninguna de ellas ha superado un estadio preliminar de aproximación a su objeto de estudio. Sí podemos afirmar, por contra, que en este panorama historiográfico no todas las opciones explicativas han merecido las mismas oportunidades de ser contrastadas. Así, si bien es usual hablar de procesos socioeconómicos, encontramos cierto reparo en aceptar el rol de los movimientos de gentes. Es decir, que se evita plantear abiertamente la intervención de las migraciones en tal contexto histórico, antes incluso de haber evaluado críticamente tal posibilidad. Esta actitud, revestida de prudencia y cautela, responde en gran medida a un prejuicio apriorístico, por su percepción peyorativa, debida a los excesos invasionistas y difusionistas de una tradición disciplinar aún reciente (Anthony, 1997: 21-22; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 113; Kristiansen, 2001: 435).

<sup>1</sup> Una síntesis reciente en Romero *et al.*, 2008: 652-657.

Si bien ambos planteamientos presentan debilidades y fortalezas, su desarrollo historiográfico en las dos últimas décadas no ha exprimido todo el potencial explicativo que encierran. Las lecturas del transcurso histórico Bronce-Hierro en términos de una transición gradual (*cf.* Ruiz Zapatero, 2007: 39-40), gestada desde dentro, e impulsada por las influencias atlánticas, orientalistas y de Campos de Urnas, han sido argumentadas con cierto pormenor (p. e. Almagro-Gorbea, 1993: 126-148; Quintana y Cruz, 1996: 52; Álvarez-Sanchís, 1999: 60-61 y 98; Fernández-Posse, 1998: 125-126 y 140; Ruiz Gálvez, 1998: 228; Burillo y Ortega, 1999: 129-130; Jimeno y Martínez, 1999; González-Tablas y Domínguez, 2002: 201 y ss.). Los enfoques rupturistas, por su parte, vienen siendo defendidos con timidez, y no han desgranado adecuadamente sus consecuencias demográficas, ecológicas ni sociales (p. e. Delibes y Romero, 1992: 242-243; Romero y Jimeno, 1993: 198-199; Delibes *et al.*, 1995a: 80-81; Esparza, 1995: 137-139; Romero y Ramírez, 1996: 321-322; Sacristán, 1997: 50-55; Sacristán *et al.*, 1995: 354-357; Delibes *et al.*, 1999: 179-180; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 113-117; Celis, 2002: 104; Santiago, 2002: 52-53). Ambos enfoques presentan parecidos problemas de adecuación al registro arqueológico, de manera que ninguno puede pretender acercarse a la verdad de forma exclusiva. El escaso desarrollo teórico de las visiones no continuistas apenas ha concitado críticas puntuales entre sus detractores (p. e. Almagro-Gorbea, 1993: 147; Fernández-Posse, 1998: 136-149; Burillo y Ortega, 1999). Por su parte, suele señalarse la débil correspondencia entre las hipótesis del cambio interno y los datos que manejamos, que en conjunto parecen apuntar en otra dirección (Delibes, 2000/01: 295). En efecto, incluso admitiéndose la intermediación de una mal definida etapa transicional Bronce-Hierro, con rasgos híbridos (p. e. Quintana y Cruz, 1996: 20-41; Jimeno y Martínez, 1999: 171-173; Romero *et al.*, 2008: 657), resulta muy comprometido hacer recaer un proceso expansivo como el del Hierro Antiguo sólo en el componente demográfico aborigen y local (Esparza, 1990: 123; 1995: 142-143, e. p.). Es más; sea cual sea el enfoque de partida, en el interior peninsular no puede descartarse el trasiego de gentes y la reubicación de la población nativa al inaugurarse la Edad del Hierro (Ruiz Zapatero, 1995: 33-34; Quintana y Cruz, 1996: 50; Burillo y Ortega, 1999:

131; Jimeno y Martínez, 1999: 169; Ruiz Zapatero y Lorrio, 1999: 25).

Más allá de las propuestas concretas y sus variados matices, al menos se ha logrado cierto consenso sobre dos aspectos cruciales del proceso de sustitución cultural que tratamos: 1) la complejidad de esta coyuntura histórica y la relevancia de las transformaciones operadas, que probablemente respondan a múltiples factores y permiten hablar de cambios de índole estructural, con ramificaciones en todas las vertientes examinadas; 2) la precariedad de los datos disponibles y la parcialidad de las interpretaciones esbozadas. A grandes rasgos, éste es el panorama en que se inserta nuestro trabajo, cuya pretensión no residirá, por tanto, en alcanzar argumentos unívocos y concluyentes, ni ofrecer lecturas radicalmente novedosas. Por contra, el esfuerzo se orientará a satisfacer la necesidad actual de abordar aproximaciones imaginativas, que aporten conocimientos alternativos (Fernández-Posse, 1998: 236). Como Delibes (2000/01: 295-297) sugirió ante la misma tesitura, se trata de acercarnos desde otros ángulos de visión a un problema histórico polifacético.

En el artículo cuya efemérides recordamos aquí, Delibes (2000/01) exploró la disrupción Bronce-Hierro observando el abandono de ciclos rituales como los depósitos de metal; el uso de los megalitos; el arte rupestre esquemático; los recintos de fosos o la frecuentación de cavidades y santuarios naturales. Al ser testimonios extraños para nuestra racionalidad moderna-occidental –desvinculados de conceptos como utilidad, eficiencia, rentabilidad del esfuerzo, etc.– los identificamos fácilmente con la esfera ritual. Pero el hecho de expresarse con medios materiales muy conspicuos, arqueológicamente espectaculares, no debe hacernos olvidar su carácter episódico y excepcional. Además desconocemos la trascendencia social efectiva de tales manifestaciones, que muy a menudo parecen dirigidas a una audiencia reducida. Y qué decir de sus significados, plasmados en contextos muy concretos, cambiantes y, desde la perspectiva de la reiteración de prácticas milenarias, casi efímeros. Por tanto, debemos plantearnos algunas cuestiones básicas sobre tales prácticas: ¿son representativas del orden simbólico y cosmológico de las sociedades del Bronce?, ¿no se tratará de un tipo concreto, aunque muy visible, de expresión del ritual? Diversos autores han sembrado la duda al señalar cómo los gestos de tal género –con

su marcado carácter monumental y paisajístico—no acapararían en exclusiva la esfera cultural de las sociedades estudiadas (p. e. Bradley, 2005; Nicolova, 2005). Parece que otros niveles de la vida social, más habituales y ordinarios<sup>2</sup> pudieran ser también adecuados para estudiar esa instancia ritual.

Tras las consideraciones previas, parece claro que el enfoque requerido debe superar algunas importantes limitaciones actuales. Por una parte, desde el prisma simbólico y de la “arqueología del culto”, aún queda un amplio campo del registro material sin explorar. Como complemento de las facetas más tratadas—las monumentales—, necesitamos redirigir el interés hacia los ámbitos inmediatos y habituales de la experiencia cotidiana. Allí precisamente sitúa la teoría social (Giddens, 1995) la creación y sustitución de las estructuras e instituciones. Por otro lado, ese mismo registro arqueológico se viene afrontando con las miras puestas en parcelas desagregadas, distinguiendo entre el orden práctico o funcional y la instancia esotérica o cosmológica. Pero en el pasado, unos y otros contextos—sepulcros, depósitos votivos, asentamientos, etc.— se interrelacionaron entre sí, y sería la forma específica de esa combinación la que dotaría de significado pleno al conjunto (Kristiansen y Larsson, 2006: 25-30). Se requiere por tanto integrar de forma simultánea y ubicua lo sagrado y lo utilitario, lo escatológico y lo mundano, desde otro marco intelectual, más inclusivo y relacional. Por todo ello, nos serviremos del hogar como objeto de estudio, al referirse de forma explícita al terreno más cercano, vivencial y cotidiano de la experiencia humana. Tal categoría posee un alto valor diagnóstico, por su sensibilidad ante los cambios sociales y por traducir los principios cosmológicos que ordenan la vida social (Tringham, 1995). Al tratar sobre el hogar evitamos construir relatos sobre rasgos tipológicos, identidades étnicas, influencias arquitectónicas o adaptaciones ecológicas. En su lugar, optamos por preguntarnos sobre las formas de organización social, el carácter de las unidades familiares, las prácticas diarias y las mentalidades que

<sup>2</sup> Recientemente hemos defendido la presencia de un énfasis conmemorativo en otras prácticas sociales rutinarias de Cogotas I, como la alfarería o la apertura y colmatado de ciertos hoyos; testimonios a menudo tan formalizados y reiterativos que hacen plantearnos su probable *ritualización* y, tal vez, cierto propósito evocador del pasado (Blanco González, e. p. b).

reflejan. Así pues, ensayaremos una aproximación al hogar en un doble sentido: (1) como ámbito doméstico, unidad elemental de sociabilidad, producción y reproducción; (2) como paisaje conocido y frecuentado, entorno territorial en que se desenvuelve la interacción social, cuyas estrategias de ocupación, uso y percepción responden a unas instituciones y a un orden simbólico muy concretos.

En resumen, nos proponemos explorar ciertas vías teórico-metodológicas derivadas de una lectura rupturista del paso del Bronce al Hierro. El foco de atención girará sobre el hogar, como sede de las prácticas sociales más habituales y rutinarias, pero plenamente partícipes del orden ritual y simbólico. Nuestra estrategia estaría próxima a la de Kristiansen y Larsson (2006: 25) cuando afirman: “Tenemos que redescubrir esos significados intercontextuales perdidos que un día unieron unos restos materiales tan distintos en una institución”. Siguiendo a Fernández-Posse (1998: 241 y 243) procederemos a través de escalas progresivas: desde el asentamiento hacia el territorio y desde un enfoque ‘micro’ hacia la perspectiva ‘macro’. Así pues, en primer lugar estudiaremos la desconexión tanto física como mental mostrada entre las estructuras residenciales de Cogotas I y los grupos del Primer Hierro, atendiendo a la sustitución de la cabaña por la casa. A continuación se examinarán las dinámicas de ocupación y abandono de los paisajes habitados entre ambos estadios.

## 2. De la cabaña a la casa

En las dos últimas décadas el estudio arqueológico de los testimonios de habitación ha adquirido un extraordinario desarrollo historiográfico. El funcionalismo considera la vivienda como un reflejo pasivo, fiel e inocuo del comportamiento humano; un contenedor neutro de la actividad social. En el ámbito anglófono, tras la crítica de los enfoques funcionalistas, se ha abordado la interpretación social y simbólica de los restos del hábitat, mediante líneas de trabajo ricas y heterogéneas (p. e. Blanton, 1994; Tringham, 1995; Stedman, 1996; Brück, 1999; Cutting, 2006; Gerritsen, 2007; Webley, 2007a). Las alternativas edilicias no sólo responden a decisiones técnicas para la satisfacción eficaz de unas necesidades básicas (p. e. Tringham, 1995: 80 y ss.). También

constituyen un medio activo para la expresión simbólica, que a través de la comunicación no verbal, mediante la experiencia sensorial cotidiana, contribuye a fijar las estructuras sociales y las categorías culturales (Blanton, 1994: 8-20; González Ruibal, 2001). El ámbito doméstico constituye uno de los escenarios donde acontece la enculturación o socialización primaria de los individuos, y su estudio ofrece informaciones de gran valor (Stevanović, 1997: 335; Tringham, 2000; González Ruibal, 2003: 141). Por ello, debe resaltarse su crucial papel en la inmersión cultural del individuo, al inculcar principios de conducta,

así como esquemas cosmológicos, preceptos normativos y estructuras mentales<sup>3</sup>. Con tales consideraciones teóricas como trasfondo, en este trabajo se asumirá la premisa de que las viviendas son un buen indicador de las transformaciones conceptuales y simbólicas (Stevanović, 1997: 341). En efecto, los estudios etnográficos reconocen su valor diagnóstico de primer orden, pues “las casas se encuentran entre los elementos que más difícilmente se transforman” (González Ruibal, 2001). No en vano, de todas las novedades señaladas entre el Bronce Final y el Primer Hierro, los cambios en el hábitat se han considerado el aspecto más relevante (Delibes y Fernández Manzano, 2000: 115).

Comencemos nuestra exploración de los espacios domésticos acercándonos a los testimonios de chozas o cabañas de Cogotas I. Variables de las estructuras domésticas como son la materia prima empleada, el esfuerzo invertido y la trayectoria de uso prevista han de relacionarse con el tipo de lógica cultural

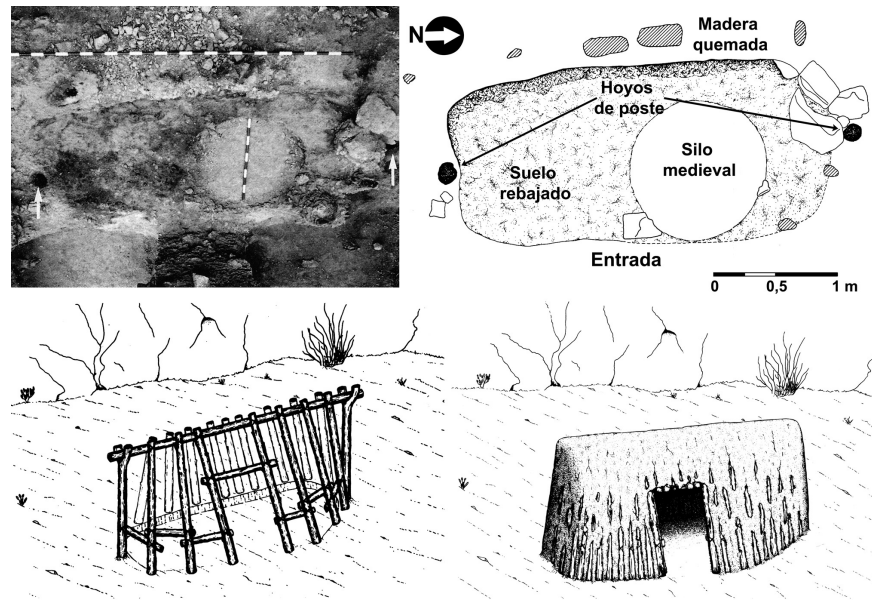


FIG. 1. *Carácter liviano de la cabaña semiexcavada con estructura lignea de par e hilera en Los Tolmos (Caracena, Soria) (Jimeno y Fernández Moreno, 1991; figs. 7, 9, 10 y lám. V.1).*

que preside tales sociedades. Así, un aspecto distintivo de la arquitectura del Bronce Medio y Final es el uso invariable, en cualquier estructura positiva de carácter no monumental<sup>4</sup>, de material perecedero, de “cañas y barro” (Romero Carnicero, 1992), es decir, entramado vegetal con manteados arcillosos (Fig. 1). También resultan muy sintomáticos la irregularidad y el polimorfismo que manifiestan los casos documentados. Todos estos rasgos culturales informan del concepto de hogar desplegado en Cogotas I. Éste se basaría en ocupaciones plurianuales no permanentes, a través de recorridos cíclicos semi-itinerantes (Bellido, 1996: 85; Fernández-Posse, 1998: 117-120; Ruiz Gálvez, 1998: 441; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 111; Blasco, 2004). La iniciativa constructiva recaería en el propio grupo familiar, autónomo y muy reducido, y el resultado dependería de circunstancias como la disponibilidad de fuerza de trabajo y su pericia técnica. Otras notas que caracterizan a tales estructuras son su escasez

<sup>3</sup> “The house serves as a link between ideas and events; it provides the necessary frame that gives disparate ideas and activities coherence and grounding” (Blanton, 1994: 9).

<sup>4</sup> Como excepción cabría citar las “murallas”, cercas o parapetos levantados con piedra (Rodríguez Marcos, 2007: 434-436).

en el registro arqueológico y el carácter precario e inconsistente de sus huellas (Blasco, 2004; Abarquero, 2005: 42-44; Rodríguez Marcos, 2007: 433 y 445). La percepción actual de tales huellas materiales pudiera estar desenfocada por prejuicios que no consideran la idoneidad ecológica y funcional de tales construcciones, que hacen gala de un óptimo aprovechamiento de las excelentes condiciones de habitabilidad que ofrece la “arquitectura pasiva” o semi-excavada (Loubes, 1985 cit. en Díaz-del-Río, 2001: 222-223). Pero aun así, la duración de habitáculos como el de Los Tolmos (Fig. 1) –probablemente un simple dormitorio–, no excedería de una única ocupación estacional (Jimeno y Fernández Moreno, 1991: 17-18; Romero y Jimeno, 1993: 176).

A pesar de la amplitud de las excavaciones en extensión de sitios Cogotas I por toda la Meseta, que están permitiendo un mejor conocimiento de los testimonios directos<sup>5</sup> de cabañas cogotenses (p. e. Martín Bañón y Vírveda Sanz, 2005), éstos continúan siendo fortuitos y mayoritariamente pobres. ¿Seguimos teniendo mala suerte?, ¿tal vez no habría que pensar en un problema del propio registro? Un rápido examen a la naturaleza de las informaciones de que disponemos nos pone sobre aviso de la existencia de ciertas regularidades. En efecto, hemos de hablar con propiedad de su escasa visibilidad arqueológica, y no sólo de una deficiente conservación acompañada de un conocimiento reducido o parcial. Con ello queremos remarcar que se trata de una peculiaridad privativa de Cogotas I, cuya explicación –como ha sugerido Sánchez Polo (2010: 178-179)– no puede seguir cayendo en el carácter aleatorio o escasamente representativo de las intervenciones arqueológicas. Tampoco resulta ya suficiente invocar su desmantelamiento por el arado, hecho tan desafortunado como sistemático (Delibes *et al.*, 1995a: 52). Por eso, resulta sugerente constatar que en gran parte de los yacimientos de la Prehistoria Reciente europea se vienen reconociendo pautas de deposición ordenadas y ritualizadas (p. e. Brück, 1999: 152-155; Bradley, 2005: 207-209; Tringham, 2000: 127-131; Webley, 2007a). En este sentido, un simple cotejo

<sup>5</sup> Nos referimos a indicios *in situ*, como hoyos de poste, ya que otros elementos desplazados –en superficie o en los hoyos–, como manteados o restos de hogares resultan en Cogotas I igualmente elusivos, salvo casos esporádicos (p. e. Sánchez Polo, 2010: 180-181).

con estaciones de otras épocas en el mismo medio rural –en principio sometidas a similares afecciones postdeposicionales–, permite captar mejor que algún factor de índole cultural pudiera estar mediatizando la imagen que nos ha llegado. Así, la calidad y cantidad de los testimonios domésticos cogotenses contrastan con lo conocido para el Calcolítico meseteño, mucho más prolífico en este aspecto<sup>6</sup> (p. e. Díaz-del-Río, 2001: 176-177, 186-187 y 219-221; Fabián, 2006: 389-391).

La clave para comprender el aspecto exiguo y fragmentario de la arquitectura doméstica pudiera radicar en los últimos momentos de su trayectoria de uso (Tringham, 1995: 86-94; Stevanović, 1997: 385). Postulamos que la sustitución de una cabaña implicaría la amortización total de la misma, mediante gestos no sólo premeditados y deliberados, como sugirió Fernández-Posse (1998: 241), sino incluso de cariz sistemático, fruto de costumbres muy pautadas y ritualizadas (Bradley, 2005; Blanco González, e. p. b). Sánchez Polo (2010) ha propuesto una hipótesis interpretativa sobre tal momento final, a partir de la estrecha interrelación entre los procesos de vida y muerte de personas y objetos. Así, todos ellos recibirían un último tratamiento similar: su deposición selectiva o parcial, en contextos ambivalentes –ceremoniales y a la par domésticos–, bajo una lógica de “ocultación deliberada de todo vestigio de su existencia” (*ibidem*: 182). El ocaso de un ciclo en la biografía de sus ocupantes –por óbito o por traslado– conllevaría la muerte metafórica de la cabaña, procediéndose a su eliminación física. La misma elección de un material perecedero se adecua a la previsión de un gesto final de clausura de las cabañas, consistente en su total desmantelamiento y el reciclado de cierto material reaprovechable (Díaz-del-Río, 2001: 222-226). Ésta sería la presunta pauta normativa, que parece cumplirse pese a la amplia variedad de comportamientos que albergaría Cogotas I durante sus siete siglos de duración. Como resultado arqueológico, sólo algunos esporádicos y excepcionales restos de hábitat habrían llegado hasta nosotros. En suma, el cuadro que trasluce la

<sup>6</sup> Incluso el tipo de evidencias remanentes difiere, pues frente a los depósitos de ocupación únicos de Cogotas I, no es raro hallar cabañas calcolíticas secuenciadas y estratificadas (Díaz-del-Río, 2001: 176-177, 221 y 232-236).

deficiente preservación de las cabañas de Cogotas I parece deberse en parte a un comportamiento premeditado u ordenado. Antes que explicarse por el efecto azaroso de unas circunstancias de conservación y detección desfavorables<sup>7</sup>, la casuística conocida cuadra mejor con un concepto de hogar desarraigado, efímero y transitorio, que se sustituye completamente y se borra del paisaje.

Al comenzar la Edad del Hierro el panorama es radicalmente otro. Las estructuras domésticas son ahora más sólidas y confortables, de tamaños y formas regulares, con una predilección por la planta circular, y sobre todo con voluntad de permanencia, estratificadas en potentes paquetes sedimentarios (p. e. Romero, 1992; Delibes *et al.*, 1995a: 63-66; Álvarez-Sanchís, 1999: 77-79; Ramírez, 1999; Delibes y Herrán, 2007: 266-271; Romero *et al.*, 2008: 661-664; Ruiz Zapatero, 2009: 234-236). Tras la exigüidad de documentos entre Cogotas I, los ejemplos comienzan a proliferar desde *ca.* 1000 cal AC, en contextos de transición Bronce-Hierro, inaugurando un registro residencial mucho más visible durante la Edad del Hierro. Podemos comprender este proceso como la suplantación de la cabaña –y las circunstancias que acompañaron a su mantenimiento plurisecular–, por un nuevo concepto de vida social, de organización familiar y de arquitectura, condensado en la institución de la casa.

Nos referiremos al término “casa” dentro de un campo semántico concreto, como categoría analítica inspirada en los escritos de Lévi-Strauss. Pero lo usaremos de forma flexible, en el sentido lato que viene empleando la Antropología y la Etnohistoria (Carsten y Hugh-Jones, 1995; Joyce y Gillespie, 2000). En concreto, emplearemos un concepto análogo a la *social house* esbozada por Gerritsen (2007: 157-158) para enfatizar la mutua identificación e interacción entre las estructuras físicas y el grupo social residente. Incorporaremos además observaciones sociales sobre la casa como las formuladas para documentos arqueológicos del sureste europeo –cultura de Vinča– por Stevanović (1997) y Tringham (1995, 2000). Por tanto, en ningún momento estaremos hablando de auténticas “sociedades de la casa”, en el sentido originario expresado por el fundador del

estructuralismo, es decir, como fórmula de organización alternativa al parentesco, basada en principios territoriales. En efecto, las comunidades que venimos estudiando ni siquiera en sus estadios más tardíos (Blanco González, e. p. a) parecen cumplir los requisitos para aplicar de forma estricta tal esquema social (González Rubial, 2006/07: 414-417; 2007: 146). Ello no impide que el registro doméstico del Primer Hierro meseteño pueda iluminarse con las enseñanzas de ciertas *sociétés à maison*, como los Toraja indonesios o los Yurok californianos (Carsten y Hugh-Jones, 1995). Así pues, bebiendo en estas fuentes heterogéneas, por casa entendemos una unidad social básica y perpetuada, compuesta por co-residentes relacionados por parentesco –real o ficticio–, que además de cobijo y sustento –tierras, aperos– comparten una serie de principios normativos y cierto acervo inmaterial, como títulos y alianzas.

En los planteamientos más tradicionales, la casa circular de adobe ha sido tratada como elemento de diagnóstico cultural, por su carácter alóctono y su comparecencia desde el inicio del Hierro (p. e. Delibes *et al.*, 1995b; Romero y Ramírez, 1996: 321; Ramírez, 1999). Aquí por contra, pretendemos avanzar en otros aspectos no menos relevantes de la arquitectura doméstica. Nos centraremos en su lectura social, para dar cuenta de un fenómeno aglutinador de las dinámicas regionales del valle del Duero, eclipsado de algún modo por su exclusiva comprensión como un rasgo normativo de la cultura.

El primer atributo sobresaliente de las casas de este momento es el inusitado éxito de la vivienda circular, aislada y con cubierta cónica vegetal. Dentro del espacio aldeano, tales características condicionan una distribución arracimada, en apariencia desorquestada, a menudo con una alta proporción de suelo construido –indicio de cierta presión demográfica– (p. e. Delibes *et al.*, 1995b; Seco y Treceño, 1995) y con zonas vacías intersticiales encauzando un tránsito permeable. El protagonismo otorgado a las plantas circulares (Ramírez, 1999) ha ido decayendo al constatarse la ubicuidad de los esquemas angulares (p. e. Seco y Treceño, 1995). Si bien se reconocen ciertas tendencias cronológicas o espaciales, ambos tipos arquitectónicos suelen comparecer juntos. Estas aldeas participan así de un modelo urbano que es preponderante en la Cultura Castreña del noroeste (p. e. González-Ruibal, 2006/07: 195-209; Ayán, 2008: 922-936). De hecho, Burillo y

<sup>7</sup> “Yet the question of what gets preserved and what does not is more complicated than the variable effects of the laws of physics and chemistry” (Tringham, 2000: 116).



FIG. 2. *Carácter masivo, perseverante y homogéneo de las estructuras domésticas del Primer Hierro en el Cerro de San Vicente (Salamanca) (Macarro y Alario, 2007: 353).*

Ortega (1999: 130) no dudaron en retrotraer hasta comienzos del Hierro la interpretación social esbozada por el equipo de Las Médulas (Fernández-Posse y Sánchez Palencia, 1998) para su área de estudio hacia el cambio de era: la de unas unidades familiares homogéneas y autosuficientes espacial y funcionalmente. Hoy día, si bien este tipo de caserío disperso predomina entre los asentamientos del Hierro Antiguo duriense (p. e. Misiego *et al.*, 2003), hay que añadir la coexistencia de esquemas más integrados u orgánicos, como los vistos al sur del Duero. Estos últimos presentan un uso intensivo y compartimentado del espacio, presentando muros medianiles (p. e. Seco y Treceño, 1995; Blanco González, e. p. a). Incluso encontramos algún verdadero “poblado cerrado”, articulado por una calle central<sup>8</sup>, tan propios del valle del Ebro y del noreste peninsular (p. e. Ruiz Zapatero, 1995; Almagro-Gorbea, 2002: 52-55). Es decir, que más allá de la forma redonda o rectangular de las unidades de habitación, lo realmente

<sup>8</sup> A tal modelo, complejo y rodeado por muralla terrera, parece responder la aldea soteña de Las Quintanas (Castro-nuevo de Esgueva, Valladolid), según se ha reconocido mediante fotografía aérea a baja altura (Olmo, 2006: 337-338 y lám. XVI).

sustantivo no es la adopción del concreto modelo sociourbanístico que propusieron Burillo y Ortega (1999: 130), sino la manera de hacerlo. En efecto, se trata de esquemas homogéneos, bastante unificados y modulares, impuestos colectivamente a las familias en cada aldea y a lo ancho de extensos territorios. He aquí la prevalencia del ideal comunitario durante el Primer Hierro (p. e. González-Ruibal, 2006/07: 194; Ayán, 2008: 932), cuya contrapartida es la renuncia familiar a su iniciativa edilicia, en favor de un esquema armónico, de vecindario (Fig. 2).

Un segundo atributo de la casa del Hierro Inicial es que los materiales constructivos alcanzan un indudable grado de estandarización (p. e. Romero *et al.*, 2008: 676), que nos atrevemos a relacionar con unos saberes arquitectónicos muy pautados y extendidos, que conformarían distintas tradiciones. Sobresale la frecuente cimentación en piedra, así como el empleo masivo de la tierra –adobe y “tapial”<sup>9</sup> o amontonados terreros sin usar encofrado–, en esta ocasión con una función estructural y no un mero recubrimiento externo. Por sí sola, esta “petrificación” –un fenómeno extensible también a la cultura castreña (Ayán, 2008)– es un rasgo elocuente de la voluntad monumental de permanencia. Por eso, en tercer lugar, sobresale el tipo de reemplazo y sustitución desplegado sobre tales estructuras duraderas. En estos contextos se constata el mantenimiento –renovación de enlucidos o techumbre–, la refacción parcial o la sustitución total de las casas. Lo peculiar de tales prácticas es que a menudo se resuelven mediante el respeto de los restos

<sup>9</sup> Celis (2002: 107 y nota 4) ha llamado la atención sobre el uso inapropiado y anacrónico del término “tapial” aplicado al Primer Hierro. Aquí sin embargo lo empleamos por analogía, para remarcar su papel arquitectónico.



preexistentes, que permanecen y quedan sepultados bajo las nuevas adiciones, bien se trate de hogares, zócalos o enfoscados parietales. Así pues, los preceptos que regulan cómo renovar el hogar aldeano se basan en la conservación y superposición física de cada fase, dentro de un proceso acumulativo que incorpora las aportaciones previas. Esta característica resulta crucial en nuestro argumento, pues nos permite hablar con propiedad de casas, es decir, de unidades sociales basadas en la perpetuación de su materialidad (Gillespie, 2000a: 12; Gerritsen, 2007). La historia arquitectónica de la casa, al dejar un rastro físico de su transcurso, conforma un registro de los eventos que jalonan la propia vida hogareña. Esta racionalidad permitiría encajar cada nuevo episodio de renovación o reemplazo como un eslabón más, dentro de una conciencia temporal lineal.

En consecuencia, la sucesión estratigráfica de muchas de estas aldeas remite a una reiteración de prácticas sociales afines, que encadenan tales episodios del presente con otros similares de los predecesores y los sucesores (Joyce, 2008: 28). Podemos incluso pensar, tal como se ha constatado etnográficamente, que los principales hitos en la trayectoria del hogar vendrían sancionados por ceremonias sociales, de tal manera que la vida de la familia ocupante y la “vida” de la casa serían procesos paralelos e inseparables (Blanton, 1994; Tringham, 1995; Brück, 1999). Arriesgando algo más en su interpretación, para estas comunidades los restos infrayacentes vendrían a ser un verdadero sustento físico –cimiento que procura estabilidad estructural–, pero también simbólico, al postularse como recurso mnemónico que surte narraciones genealógicas, decisivo en la legitimación de los derechos de propiedad del grupo familiar residente. Así pues, si nuestra lectura resulta

	<b>Cabañas en Cogotas I (Bronce Medio / Final)</b>	<b>Casas en el Hierro Antiguo</b>
<b>Estructura arquitectónica</b>	“Arquitectura pasiva” (semiexcavada) “Cañas y barro”, uso ocasional de zócalos de piedra. Heterogeneidad de soluciones técnicas según circunstancias	Arquitectura de barro; piedra, adobe y “tapial” (manteados no encofrados). Soluciones técnicas regulares, compartidas y transmitidas (tradicción artesanal)
<b>Planta</b>	Polimorfismo: oblonga, oval, alargada, gran variabilidad coyuntural	Modularidad: circular o angular sujeta a patrones consensuados
<b>Organización espacial interna</b>	Desconocida. Aparenta gran variabilidad, desde espacios multifuncionales hasta simples refugios para dormir	Bien documentada. Ámbito predilecto de residencia y consumo, pero también actividades productivas y de almacenaje
<b>Grupo residente</b>	¿Familia extensa?	Familia nuclear o extensa reducida
<b>Vigencia de uso</b>	Corta trayectoria (10-50 años), unifásica, monogeneracional	Larga trayectoria (> 40 años), multifásica, transgeneracional
<b>Iniciativa constructiva</b>	Familiar (grupo residente)	Comunitaria (grupo aldeano)
<b>Resultado arqueológico</b>	Arquitectura aérea liviana (madera) y semihípoega. Residuo orgánico, perecedero. Polimorfismo, irregularidad, oportunismo	Sólo arquitectura aérea masiva (tierra, piedra) residuo inorgánico, imperecedero. Homogeneidad, estandarización, formalismo modular

FIG. 3. Características constructivas de las cabañas de Cogotas I y las casas del Primer Hierro.

ser correcta, las estructuras domésticas del Primer Hierro vendrían a plasmar el éxito en la reproducción parentelar, fundamentando a su vez la reclamación de prerrogativas frente a otras familias (Stevanović, 1997: 387-388).

Indudablemente todos estos cambios edilicios repercutieron en una mayor inversión de esfuerzo físico en la construcción y mantenimiento del ámbito doméstico, dentro de una racionalidad radicalmente distinta a la del Bronce (Fig. 3). Este llamativo contraste entre dos formas de entender y materializar las estructuras de hábitat ha atraído repetidamente la mirada de los arqueólogos, que vienen haciéndose eco de este fenómeno (p. e. Quintana y Cruz, 1996: 56-57; Jimeno y Martínez, 1999: 184; Delibes y Fernández Manzano, 2000: 115-117; Delibes y Herrán, 2007: 266-280; Herrán, 2008: 289-290, tabla 33) extensible también al noroeste ibérico (González-Ruibal, 2006/07: 202). Si bien cualquier esquema dicotómico resulta simplificador de realidades tan ricas, permeables y cambiantes en el espacio y el tiempo, nos ha parecido útil presentar un cuadro comparativo de cuanto venimos indicando, como un mero esbozo preliminar (Fig. 4).

	<b>Cabañas en Cogotas I (Bronce Medio / Final)</b>		<b>Casas en el Hierro Antiguo</b>
<b>Estrategia de subsistencia</b>	Semitiinerancia agraria cíclica y plurianual	↔	Sedentarismo estable y prolongado
<b>Organización social</b>	Autosuficiencia familiar, fluidez centrífuga, escisión	↔	Cohesión comunitaria aldeana, cooperación interfamiliar, sanción corporativa, vecindario
<b>Unidad social vinculada a la vivienda</b>	Grupo parentelar efímero, no perpetuado por la descendencia, desvinculado de predecesores	↔	Linaje familiar, perpetuado por la descendencia, entronque en los antepasados
<b>Lógica cultural</b>	Deslocalización, desarraigo, eventualidad, provisionalidad, carácter transitorio y expeditivo	↔	Inmovilización, circunscripción, continuidad, perseverancia, carácter permanente y definitivo
<b>Tipo de estratificación predominante</b>	Actividad extractiva: fondos, hoyos (UUEE negativas). Sedimentación lenta y reducida	↔	Actividad aditiva: murallas, muros (UUEE positivas). Tasa sedimentaria rápida y masiva
<b>Pauta de sustitución de estructuras</b>	Desplazamiento horizontal, reedificación, sustitución completa, elusión de restos previos	↔	Reemplazo vertical, superposición, reforma parcial, mantenimiento, incorporación de restos previos
<b>Forma de abandono (estadio final)</b>	Desmantelado, ocultación, "invisibilización", reciclaje, disgregación	↔	Conservación, permanencia, monumentalización, genealogía, vinculación ancestral y memoria social

FIG. 4. *Diferencias conceptuales básicas entre las estructuras domésticas de Cogotas I y del Primer Hierro.*

En definitiva, durante la Edad del Bronce asistimos al relativo desarraigo y eventualidad de los procesos de socialización y enculturación doméstica. Las chozas o cabañas conforman trayectorias muy heterogéneas y autónomas, que responden a la sola iniciativa de las familias residentes. Los lentos y fútiles procesos de estratificación entre Cogotas I pivotan sobre acciones básicamente sustractivas –UUEE negativas–, con una relativa planificación a largo plazo, pero sin entronque generacional. En la erección de una choza intervendrían circunstancias coyunturales –tamaño del grupo residente, disponibilidad de material, funcionalidad, pericia, etc.– que explican la heterogeneidad de resultados. Respecto a su trayectoria de uso, la cabaña responde a una ocupación unifásica, que es sustituida por otra nueva, emplazada en otra localización. Así pues, a lo largo de su vida, un mismo individuo transitaría por sucesivas y variadas estructuras domésticas. Las cabañas donde alguien pasa su niñez, adolescencia y sus últimos días, probablemente, serían múltiples y muy distintas, ubicadas además en lugares ocasionalmente ya frecuentados, pero nunca sobre restos de viejas estructuras previas.

Frente a ello, en la Edad del Hierro la vida aldeana impondría un marco más estable y unitario a tales experiencias cotidianas, prolongando la permanencia y homogeneizando las formas de sociabilidad dentro del ámbito comunitario. Ahora encontramos unos procesos de sedimentación rápida, masiva y aditiva, formando depósitos positivos –casas, murallas–, acordes con un concepto duradero y permanente del hogar (Fig. 4). Éste deviene así la sede de vivencias de larga trayectoria, tan sólo interrumpidas por los hitos del ciclo vital. Estaríamos por tanto ante realidades próximas a las de una casa en sentido antropológico, como célula socioeconómica

y a la vez identitaria, sustentada en una voluntad de permanencia indefinida (Gillespie, 2000a: 12-14). La perseverancia en la reocupación del mismo espacio, la superposición estructural y el respeto e incorporación de las distintas adiciones pudieran entenderse mejor desde tal perspectiva. La elección de material constructivo impercedero –tierra y piedra– en estructuras básicas, como el zócalo, reforzaría el carácter monumental de tales restos, erigidos en testigos de la memoria social. La observancia aldeana de este esquema de vivienda –impuesto a todos los vecinos–, conllevaría la generalización de nuevos principios cosmogónicos, que al encauzar y orientar el comportamiento, contribuirían a amoldar la mente (Ralston, 2005). No pueden descartarse incluso cambios sensoriales, como una percepción más vertical de la realidad cotidiana (Esparza e. p.).

Para finalizar este apartado, es oportuno apuntar algunas notas que permitirán una lectura social de los procesos sedimentarios implicados en ambos tipos de contextos, según han propugnado McAnany y Hodder (2009). Este tipo de enfoque pudiera permitirnos evaluar con nuevas lentes embrollados problemas, tan ambiguos como, de

momento, irresolubles. Entre ellos se encuentra el argumento favorito de la tesis continuista: la concurrencia en las mismas estaciones de materiales de Cogotas I y del Primer Hierro para defender la sintonía de las estrategias de ocupación y uso del espacio entre ambos estadios culturales (p. e. Quintana y Cruz, 1996: 43-48; Ruiz Gálvez, 1998: 228-229; Álvarez-Sanchís, 1999: 47-51). Sin embargo, allí donde se han efectuado excavaciones con una mínima extensión, sobre estaciones ocupadas de forma permanente y que hayan deparado buenas secuencias pluriestratificadas<sup>10</sup> –y no meros depósitos alterados (Esparza, 1995: 141-142; Quintana y Cruz, 1996: 47-48)–, la propia configuración sedimentaria de los testimonios de una y otra adscripción cultural no es equiparable. Esto ocurre en estaciones del Primer Hierro bien conocidas, como el cerro de San Miguel en Burgos (Uribarri *et al.*, 1987); Los Azafranales (Coca, Segovia) (Pérez González y Blanco García, 2000: 40-42; Blanco García, 2006: 205-207) o el salmantino Cerro de San Vicente (Macarro, 1999; Macarro y Alario, 2007). Tales ejemplos, representativos de diversos desarrollos regionales de la cuenca del Duero, coinciden en ilustrar cómo con independencia de su antigüedad, o del carácter lígneo o terroso, angular o circular de las viviendas, la superposición de estructuras remonta hasta niveles fundacionales con una cultura material del Soto. Por contra, la comparación en la base de tales secuencias de materiales de Cogotas I, remite sin excepción a residuos erráticos fuera de contexto (Romero y Jimeno, 1993: 198). Así pues, nos planteamos si la construcción social de genealogías mediante la perseverancia temporal de las estructuras domésticas no conllevaría la exclusión –¿deliberada?– de la tradición anterior. En tal supuesto, la fundación simbólica y física de secuencias de casas durante el Hierro I estaría otorgando un trato muy distinto a los testimonios materiales de Cogotas I, que aparentan ser relegados o proscritos.

### 3. Cambios en los paisajes cotidianos

¿Cómo se manifiesta el proceso de cambio cultural a nivel territorial? Nuestro interés aquí por el

<sup>10</sup> El caso de Los Castillejos (Sanchorreja, Ávila) pudiera contradecir nuestro argumento de cumplir con alguno de estos requisitos (*cf.* González-Tablas y Domínguez, 2002), algo que consideramos poco probable.

poblamiento radica en reconocer el paisaje habitado como hogar, como espacio ordenado según unos esquemas cosmológicos concretos (Kristiansen y Larsson, 2006: 395 y ss.). Para profundizar en semejante aspecto, se requiere una imagen global, que integre las distintas comarcas que componen el valle del Duero. Así pues, nuestro ámbito de observación abarcará el territorio de la comunidad autónoma de Castilla y León. La elección de un límite administrativo parece oportuna, en primer lugar, porque sirve para plasmar los datos del Inventario Arqueológico de Castilla y León en sus nueve provincias. En segundo lugar, se trata de una circunscripción que trasciende la cuenca hidrográfica del Duero, y permite observar contrastes con otras realidades muy distintas, como la del Alto Tajo. Para delimitar un área de trabajo continuo y coherente, hemos tenido que prescindir de aquellos municipios burgaleses aislados dentro de territorios políticos vecinos.

Obtuvimos así un marco de trabajo al que ajustar un listado preliminar de aquellos sitios –presuntamente de hábitat–, con atribuciones cronoculturales seguras del Bronce Medio y Final y la Primera Edad del Hierro. Esta información fue escrutada y contrastada con las noticias bibliográficas existentes –procurando incluir las más recientes–, y todos aquellos sitios depurados fueron situados, uno a uno, en su localización correcta. Con todo, las discrepancias entre distintas fuentes son considerables, y nuestra propuesta no deja de ser provisional. Para su manejo, nos ha parecido conveniente agrupar los datos en dos grandes bloques o períodos de tiempo de duración aproximada equiparable: por una parte todo el desarrollo cultural de Cogotas I (1800-1100 cal AC) y un segundo intervalo postcogotense, desde la transición Bronce-Hierro y hasta momentos avanzados del Hierro Antiguo (1100-400 cal AC). El resultado puede verse en las Figs. 5 y 6, donde ofrecemos una información que ha pretendido ser sistemática, verídica y actualizada<sup>11</sup>.

Antes de cuantificar los datos compilados, debemos advertir de su carácter meramente indicativo, condicionado en gran medida por la calidad e intensidad de las prospecciones arqueológicas. De hecho, una estimación más realista, que considerara

<sup>11</sup> Una relación de los criterios seguidos, así como un listado completo de los yacimientos, situados en mapas regionales de mayor detalle y con su correspondiente leyenda, puede consultarse en el apéndice final de Blanco González, e. p. a.

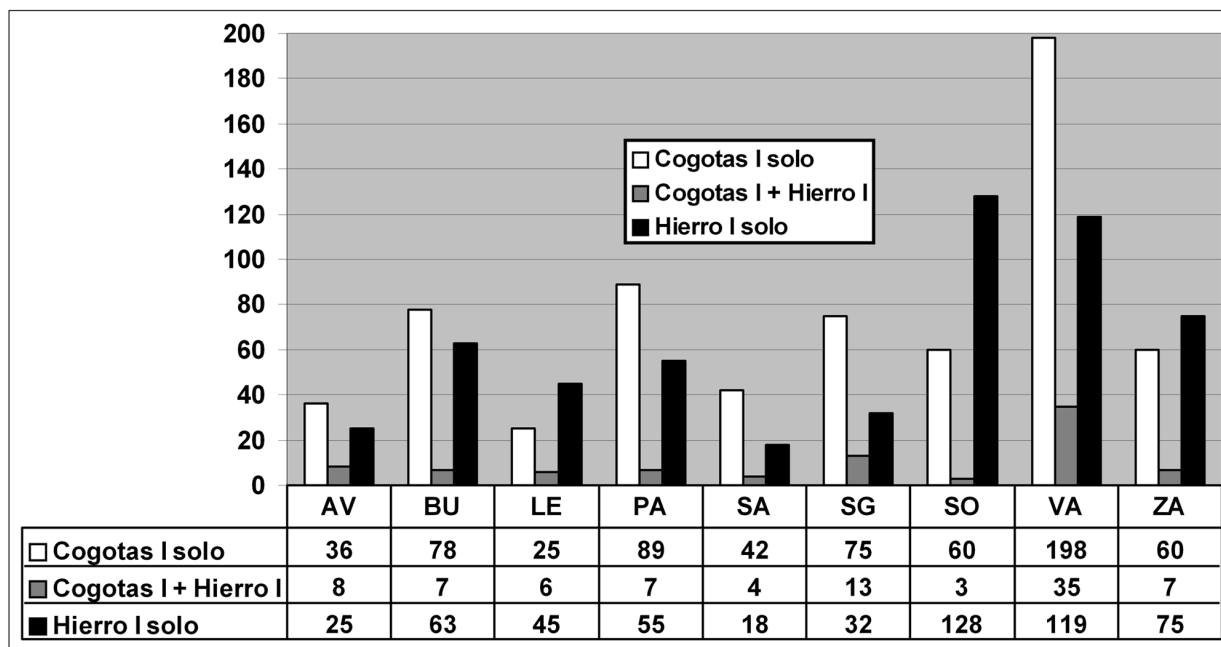


FIG. 5. Distribución de yacimientos con atribución segura por provincias (a partir de revisión bibliográfica y consulta del Inventario Arqueológico de Castilla y León).

los sitios aún no detectados, los desaparecidos y aquellos dudosos, podría duplicar o triplicar fácilmente las cantidades barajadas a continuación. Aun así, una primera estimación numérica (Fig. 5), sin duda discutible, muestra tendencias representativas, que futuros trabajos se encargarán de matizar. Si nos referimos a los dos bloques temporales mencionados, contamos con 663 estaciones de Cogotas I y 650 enclaves con ocupación del Primer Hierro. Seemjantes cómputos ofrecen un contraste de muy larga trayectoria, que la información cronológica actual, basada en datos de superficie y por tanto demasiado endeble—especialmente para el Primer Hierro—, apenas permite aquilatar.

En una lectura demográfica preliminar sobre tales datos (Blanco González, 2010), hemos apuntado que el saldo resulta favorable para el grupo del Hierro Inicial. En efecto, la reducida entidad demográfica de las ocupaciones en los “campos de hoyos” de Cogotas I, unida a su carácter menos estable e itinerante (p. e. Fernández-Posse, 1998: 112-120; Abarquero, 2005: 87; Blasco, 2007: 66-69) las hace numéricamente incomparables con los asentamientos multitudinarios y de mayor duración que constatamos

desde ca. 1000 cal AC o algo antes (Delibes y Herrán, 2007: 278-280; Blanco González, e. p. a). En segundo lugar, la Edad del Hierro parece funcionar como un nuevo ciclo demográfico con personalidad propia, que responde a factores históricos distintos de los precedentes. A partir de las informaciones parciales publicadas, resulta bastante clara la regresión demográfica de Cogotas I hacia sus momentos finales. Así, los datos manejados por Abarquero (2005: 76-83 y 86-97, fig. 17), muestran—sobre 273 estaciones— un volumen demográfico sostenido entre Protocogotas y Cogotas I Pleno que perdura, como mucho, hasta el cambio de milenio. Todo parece indicar que en los últimos momentos del Bronce Final ese umbral demográfico secular se desploma. Durante la coyuntura transicional Bronce-Hierro encontramos una realidad fragmentaria y diseminada (p. e. Quintana y Cruz, 1996: 45, fig. 8; Fernández-Posse, 1998: 137-140; Jimeno y Martínez, 1999: 171-173; Álvarez-Sanchís, 2000: 74-75; Ruiz Zapatero, 2007: 43-47), que como ha planteado Esparza (1995: 142), informa de un nivel poblacional insuficiente para protagonizar en exclusiva un proceso alcista como el iniciado hacia 800 cal AC. En resumen, el

volumen de asentamientos del Hierro I (Fig. 6, A2) responde a una casuística muy distinta de la que informan los puntos sobre el mapa de Cogotas I (Fig. 6, A1).

Los datos recabados permiten también pronunciarnos sobre la coincidencia en unas mismas localizaciones de materiales de Cogotas I y del mundo posterior, como argumento que apoya la idea de continuidad (Quintana y Cruz, 1996: 44-46; Álvarez-Sanchís, 1999: 77-78 y 98, fig. 20). Al respecto, nuestra Figura 5 resulta muy explícita sobre la dinámica de colonización pionera acusada en provincias como Zamora o Soria —con un fuerte contraste entre los numerosos nuevos sitios del Hierro Inicial y su raro solapamiento con Cogotas I—, frente a otras como Segovia o Ávila, donde se encuentran extensas regiones de ocupación tradicional —mayor equilibrio entre reocupaciones de ambos signos y sitios del Hierro I *ex novo*—. En una valoración conjunta, parece revelador que de 650 enclaves del Hierro Inicial en tan sólo 90 se haya constatado una ocupación segura del Bronce Medio o Final; es decir, que la inmensa mayoría —el 86%— son fundaciones *ex novo*, algo ya constatado en el valle medio del Duero<sup>12</sup>. Así pues, frente a la posibilidad de una estricta continuidad del hábitat, la presencia conjunta de testimonios de ambas atribuciones responde mejor a la concurrencia de intereses similares sobre unos recursos muy concentrados (Esparza, 1995: 141; Quintana y Cruz, 1996: 46). Las localizaciones donde ocurre tal fenómeno se distribuyen por toda la región del Duero (Fig. 6, A2), pero su frecuencia no es proporcional a la intensidad de la ocupación de ambas culturas, y el caso de Soria resulta sintomático (Fig. 5). A mayor número de sitios no hay mayor tasa de coincidencia. En efecto, la densidad de estaciones compartidas por Cogotas I y el Primer Hierro es más importante en aquellas provincias por las que se extienden las planicies campiñesas al sur del Duero, como Segovia y Valladolid. Estaríamos pues ante una mera coincidencia espacial entre grupos sin relación entre sí, dentro de una tendencia a la reiteración del hábitat formando “palimpsestos” (Sacristán *et al.*, 1995: 356),

<sup>12</sup> Esparza (e. p. a) ha señalado, sobre los datos del ámbito vallisoletano (Quintana y Cruz, 1996), que el 83% de los sitios sotenses no comparten solar con Cogotas I.

similar a la observada entre las estaciones del Soto y el poblamiento tardoantiguo en el noroeste segoviano (Blanco García, 2006: 268).

En definitiva, todo parece apuntar a que en el valle del Duero el auge demográfico del Hierro Inicial se resolvió mediante la decidida fundación de asentamientos de nueva planta. Pero ¿dónde se desarrolló tal fenómeno expansivo?, ¿hay continuidad en la ocupación y uso del territorio respecto al poblamiento previo? Para responder a tales cuestiones era necesario condensar los mapas de puntos mediante imágenes visualmente más claras. Lo más apropiado era representar la densidad de yacimientos, pero debíamos considerar la muy desigual intensidad de la prospección superficial en tan vasta superficie, que ha primado una estrategia extensiva o selectiva (p. e. Sacristán *et al.*, 1995: 341-342; Quintana y Cruz, 1996: 10-11). Así pues, buscamos algún índice espacial que permitiera generalizar los resultados de las zonas puntuales mejor conocidas —como los valles fluviales— extrapolando tales datos dentro de unidades paisajísticas homogéneas. Finalmente optamos por emplear las comarcas agrarias, pues son demarcaciones que responden a cierta coherencia geográfica sobre criterios de productividad agroforestal, y se adecuan al marco provincial, base que articula las distintas campañas de prospección promovidas desde la administración autonómica. Bajo dichos parámetros obtuvimos dos imágenes consecutivas de la densidad del asentamiento humano en ambos bloques temporales (Fig. 6, B1 y B2). Antes de proceder a su lectura, debemos advertir de algunos importantes sesgos, debidos a discrepancias en los criterios empleados en las prospecciones provinciales. Sería el caso de la disparidad de resultados en comarcas homogéneas pero divididas entre provincias contiguas, como ocurre con Salamanca-Ávila y Palencia-Burgos. Si prescindimos de tan llamativos contrastes, el panorama resultante permite esbozar zonas de comportamiento regular, que traslucen preferencias locativas, y que en una lectura dinámica informa de ciertos cambios en los paisajes ocupados.

Durante el primer bloque temporal (Fig. 6, B1), el poblamiento es más populoso en el valle medio del Duero y en la orla campiñesa meridional, es decir, en unos paisajes que ofrecen cierto mosaico de recursos complementarios: entornos de ribera fluvial y humedales con pastos que soportan bien

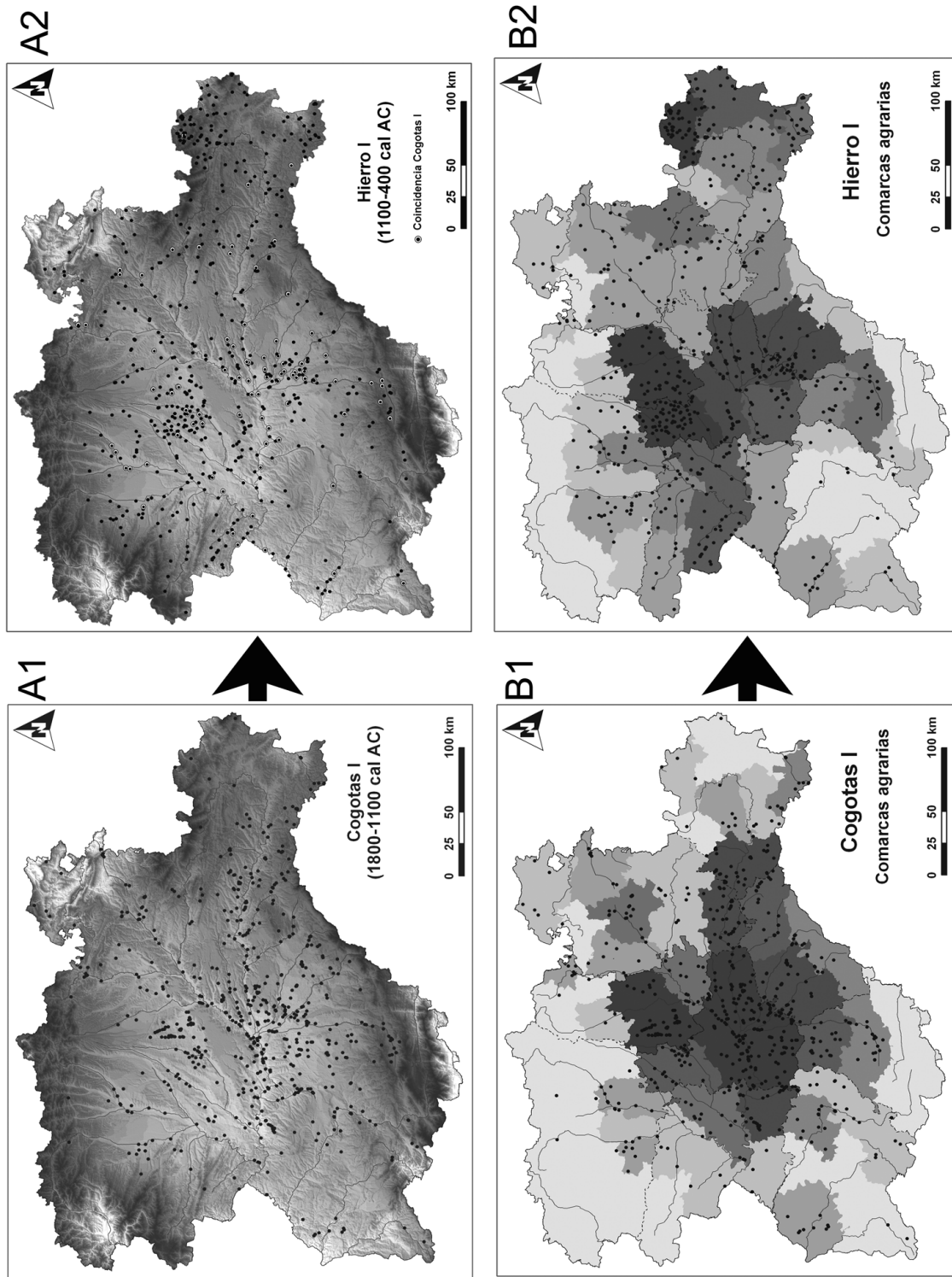


FIG. 6. Evolución del poblamiento entre el Bronce Medio y Final (A1) y la transición Bronce-Hierro y el Hierro Antiguo (A2). Densidad del poblamiento por comarcas agrarias en Cogotas I (B1) y en el intervalo siguiente (B2).

el agostamiento veraniego, y suelos arenosos, idóneos para una agricultura primitiva (Quintana y Cruz, 1996: 41-46; Delibes, 2003: 39-42). La distribución de las comunidades Cogotas I coincide en gran medida con la ocupación milenaria de los grupos agrarios vernáculos desde el Neolítico. La concentración de condiciones ambientales favorables, y la amplia disponibilidad de recursos agropecuarios, convertirían a tales comarcas en “epicentro” del poblamiento prehistórico, tal como ocurre en otros conocidos focos europeos (p. e. Shennan, 2000: 819).

Durante el tránsito Bronce-Hierro, una vez incorporadas las nuevas formas culturales, persiste la frecuentación de los entornos fluviales y campiñeses de la región centro-meridional (Quintana y Cruz, 1996: 41-45, fig. 8). Así pues, el cambio cultural y la transformación de las estrategias sociales y económicas son procesos interrelacionados, pero de ritmos desacompañados (Blanco González, e. p. a). Por ello, serán las estaciones más claramente identificadas con verdaderas aldeas –muchas de ellas fortificadas–, en una etapa avanzada ya del Primer Hierro, las que atestigüen la ordenación espacial y la lógica territorial idiosincrática de este momento. Al respecto, hay que advertir que las lecturas continuistas se han centrado en las regiones campiñesas o sedimentarias, de dilatada historia agraria, que sólo representan una de las caras de la realidad territorial inaugurada hacia el cambio de milenio. En efecto, nos hallamos ante cierta dualidad de comportamientos (Delibes y Romero, 1992: 245) en distintas unidades geográficas de la cuenca del Duero. El asentamiento del Hierro inicial se localiza de forma espaciada y rala en los entornos agrarios tradicionales (p. e. Álvarez-Sanchís, 1999: 91-94), que ahora experimentan una pérdida relativa de interés, pareja a la inusitada predilección por otras comarcas hasta entonces marginales. Las provincias de Zamora, Valladolid y Soria son los mejores escaparates de tal dinamismo (Fig. 6, B2). Es así como debemos hablar de la reorganización y reubicación del poblamiento: los principales valle fluviales y entornos campiñeses se ocupan desde aldeas que concentran a la población, mientras que se asiste al trasvase poblacional –la migración, en definitiva– hacia nuevos paisajes. En diversas ocasiones se ha reconocido la intervención de auténticos procesos de colonización en el Hierro inicial de la cuenca del Duero (p. e. Delibes y Romero, 1992: 248; Quintana y Cruz, 1996: 50; Santiago, 2002:

52-56). Un enfoque macrorregional es lo más apropiado para comprender todas esas dinámicas regionales dentro de una caracterización comprensiva y global. Así se ha planteado para regiones vecinas (Burillo y Ortega, 1999) o en lecturas previas, ambiciosas, pero que o bien afectaban tangencialmente al valle del Duero (p. e. Ruiz Zapatero, 1995; Jimeno y Martínez, 1999; Ruiz Zapatero y Lorrio, 1999), o sólo comprendían parcialmente el Primer Hierro (Sacristán *et al.*, 1995: 356-358).

Los procesos de colonización atisbados en el primer milenio AC sin duda responden a desencadenantes, ritmos y resultados dispares, pero no debiéramos perder de vista ciertos aspectos concomitantes, que queremos resaltar aquí. Siguiendo a Kristiansen (1989: 435-436) al estudiar la migración prehistórica debemos satisfacer algunos requisitos teóricos: 1) contextualizar tales fenómenos; 2) cotejarlos con su trayectoria histórica previa, y 3) considerarlos meros síntomas en un marco explicativo multicausal y complejo.

1) ¿Cuál es el contexto demográfico y sociopolítico de estas iniciativas colonizadoras?, ¿qué rasgos compartidos y qué peculiaridades presentan? En primer lugar, cabe apuntar su carácter selectivo, con una plasmación muy puntual, sobre unidades paisajísticas concretas (Fig. 6, B2). En la provincia de Valladolid hay cierta inversión del poblamiento sedimentario, hacia el norte –Tierra de Campos y Campiña de Villalar– y el sureste –Tierra de Pinares– (Quintana y Cruz, 1996: 48-49, fig. 9; Santiago, 2002: 44-57, figs. 4 y 6; Blanco García, 2006: 192-327). Destacan zonas montañosas de fuerte personalidad, cuyas trayectorias han sido individualizadas como culturas castreñas, caso del occidente zamorano –La Carballeda, Sierra de la Culebra y Aliste– (Esparza, 1986, 1990, 1995, e. p. a) y la Serranía soriana (Romero, 1991, 1999; Alfaro, 2005). Pero también se aprecia una tendencia expansiva hacia sectores más claramente “periféricos” para el asentamiento cogotense, como el Campo de Gómara, al oriente de esta última provincia, y por tierras de León –La Maragatería, La Valduerna y Los Oteros– (Celis, 1996: 43-54; 2002: 105-121; Orejas, 1996: 57-73, fig. 9) o Burgos, como ocurre en las Merindades y la Bureba (Sacristán, 2007). Por otra parte, el correlato de estas iniciativas es el abandono o emigración de regiones donde fraguó el asentamiento tradicional. Se trata sin embargo de una

tendencia más relativa, menos aparente, que tal vez sea reconocible en el sector central y meridional de la provincia vallisoletana y todo a lo largo de las riberas del río Duero.

Esta variabilidad nos lleva a pensar en procesos regionales descoordinados, promovidos desde instancias autónomas, que responden a motivaciones históricas contingentes. Para comprender este fenómeno, resulta necesario referirse al fuerte crecimiento demográfico que lo acompaña, tendencia generalizada por toda Europa occidental a comienzos de la Edad del Hierro (p. e. Haselgrove y Pope, 2007), y cuyo perfil apenas se ha comenzado a aquilatar en nuestra región de estudio (Blanco González, 2010). Lejos de cualquier determinismo demográfico, la presión poblacional no explica por sí sola la decisión de emigrar (Anthony, 1997: 22-25), pues pudieron adoptarse otras tácticas, como la intensificación económica (Shennan, 2000). Tampoco podemos pensar en procesos inducidos, impuestos a las comunidades rurales desde instancias estatales, tal como muestran fenómenos coetáneos, como las colonizaciones agrarias orientalizantes del mediodía peninsular (Rodríguez Díaz, 2009). Por ello, consideramos que la microcolonización a corta distancia de nuevos paisajes fue una estrategia social (Anthony, 1997), desplegada de forma independiente por comunidades parentelares, ante factores históricos concurrentes. En suma, en el valle del Duero hemos de hablar del carácter espontáneo y autoorganizado de las empresas colonizadoras, impulsadas por grupos agrarios autosuficientes, con débil integración política, que responden a su propia dinámica interna. Se trató de soluciones paralelas ante problemas similares, por su adecuación a las distintas dinámicas sociopolíticas en que funcionaron. Esto explicaría su desigual éxito y la propia desconexión cronológica de los procesos expansivos, que responden a circunstancias contingentes, dinamizadas por una diversa combinación de los vectores del cambio histórico.

En segundo lugar, el contexto histórico en que se enmarcan tales dinámicas expansivas pasa también por considerar los requisitos materiales que las hicieron posibles. Así, Ruiz Gálvez (1992) considera la transición Bronce-Hierro en el occidente europeo como la “tercera revolución agraria”, coyuntura que vendría definida por la introducción de nuevos cultígenos –legumbres como el haba, que permitiría nitrogenar la tierra– y tecnología agraria –aperos metálicos y tiro animal–. En conjunto, tales innovaciones

parecen haber favorecido el desarrollo agrario entre las comunidades del Primer Hierro, tal como se ha defendido para el noroeste peninsular (p. e. Parcero, 2002: 39-57 y 143-144; González Ruibal, 2006/07: 166-186; Sastre, 2008: 1026-1027). En la Submeseta Norte se viene aceptando la concurrencia de tales factores tecnológicos dentro de una intensificación productiva (p. e. Esparza, 1990: 123; 1995: 139-140; Quintana y Cruz, 1996: 53-61; Fernández-Posse, 1998: 154), como requisito imprescindible para la puesta en cultivo de espacios tradicionalmente marginales, como son las pesadas campiñas de Tierra de Campos, o los terrenos pedregosos y de bajo rendimiento de los piedemontes serranos que rodean la región (Fig. 6, A2). Y no debe olvidarse la concurrencia de las transformaciones ambientales, pues la colonización de tales ecotonos coincide significativamente con la inauguración del período Subatlántico –más frío y lluvioso– que repercutiría directamente en el régimen hídrico y el nivel freático, facilitando la puesta en cultivo de los suelos serranos (Esparza, 1995: 139-140, e. p.; Álvarez Sanchís, 1999: 74; Blanco González, 2008: 119-120; e. p. a).

2) La propia perspectiva comparativa adoptada en este artículo responde al requerimiento de definir la migración respecto a su trasfondo precedente. Así, atendiendo a la información proporcionada por los datos de superficie, tales dinámicas parecen haber fraguado sobre zonas débilmente ocupadas con anterioridad, o al menos sólo frecuentadas de forma rara y esporádica (Delibes y Romero, 1992: 248; Quintana y Cruz, 1996: 48-50, fig. 9; Esparza, e. p.), tal vez en relación con campañas estacionales de trabajo silvoforestal. Es decir, los programas de ocupación y asentamiento *ex novo* promovidos durante el Hierro inicial en la región del Duero se proyectaron sobre paisajes sin una dilatada historia agraria previa. En un trabajo reciente (Blanco González, 2010) hemos caracterizado estos movimientos como empresas de establecimiento selectivo y pionero, que responden bien al arquetipo de la *migración encadenada* referida por Anthony (1997: 26-27). Es decir, se trataría de pequeños movimientos de avance paulatino siguiendo rutas conocidas, desenvueltas a través de lazos familiares. El asentamiento permanente conllevaría la apropiación efectiva de unos paisajes agroforestales casi “prístinos”. Entornos serranos como los que hemos mencionado ofrecerían un abanico de recursos complementarios y diversificados,



suficientes para asegurar el sustento de comunidades relativamente numerosas (Fernández-Posse, 1998: 154; Celis, 2002: 117-120; Esparza, e. p.). Precisamente la cooperación aldeana o vecinal sería un puntal primordial del sistema (Almagro-Gorbea, 2002: 62-63), pues la gestión integrada de tales paisajes desbordaría la capacidad laboral de las unidades familiares aisladas. Así pues, pensamos que la fijación permanente sobre los paisajes colonizados a mediados del primer milenio AC sólo pudo sostenerse sobre cierto volumen demográfico, como el alcanzado precisamente en esos momentos.

3) Por último, debemos referirnos al carácter sintomático de la migración, como mero efecto derivado que requiere ser explicado, y no como factor causal que explique por sí mismo. Así, la maniobra colonizadora sería consecuencia de cierta combinación de factores históricos, entre los que cabría citar las contradicciones sociopolíticas y la crisis climática y ecológica (Esparza, 1995: 139-144; Quintana y Cruz, 1996: 60-61), tal como se ha señalado en otros contextos históricos (p. e. Anthony, 1997; Shennan, 2000: 818-821; Kristiansen, 2001: 438). No podemos detenernos ahora en la descripción de los vectores del cambio estructural. Tan sólo digamos que la propia trayectoria histórica regional parece desempeñar un importante papel, pues el trasfondo sociohistórico, la historia agraria y el volumen demográfico de partida condicionaron el tipo de soluciones adoptadas en unas y otras regiones. Corresponde en esta ocasión esbozar brevemente los mecanismos sociales y económicos a los que responde la colonización de nuevos territorios.

Un esquema explicativo que se adecua bien a estas iniciativas de colonización pionera entre comunidades no estatales es el de las *sociedades agrarias segmentarias*, sugerido para los grupos castreños del norte peninsular (Fernández-Posse, 1998; Ortega, 1999; Parceros, 2002; Sastre, 2002). También la interpretación socioeconómica de estas primitivas comunidades castreñas, propias de un *substrato proto-céltico* y pregentilicio arcaico, ofrece enorme interés (p. e. Almagro-Gorbea, 2002: 53-55 y 59-71). Así, la colonización consistiría en una estrategia social, al servicio de dinámicas de gemación o escisión de segmentos parentelares, que paulatinamente –cada varias generaciones– replicarían tal modelo de organización aldeana a lo largo del curso de ciertos ríos. La fundación de un nuevo poblado autónomo

tendría lugar al alcanzarse en los núcleos preexistentes un umbral demográfico estipulado, como forma de dar salida a la población excedente. El asentamiento progresaría remontando la red fluvial conocida, y el avance por los valles serranos vendría impuesto por las circunstancias históricas de cada impulso colonizador. Recientemente se ha confrontado el marco interpretativo de los *grupos segmentarios* con los castros zamoranos del Primer Hierro (Esparza, 2009: 33-36), consiguiéndose así una mejor comprensión de las peculiaridades que presentan: una ubicación que combina los requisitos de seguridad frente a incursiones de castros vecinos –relieves con cierto control visual, fácilmente defendibles– con el acceso a recursos de subsistencia básicos –agua, pastos, tierras de cultivo–.

El asentamiento prolongado en paisajes hasta entonces considerados marginales respondería por tanto a unos procesos graduales, basados en una dinámica demográfica expansiva, de crecimiento sostenido, así como en una lógica de aprovechamiento agroforestal diversificado inherente al sistema segmentario (Ortega, 1999: 440). En tal contexto, la erección de hogares con cubierta vegetal cónica –casas circulares, en definitiva– sería una solución idónea para grupos reducidos, con escasa mano de obra y poco especializada, pues precisa menores requisitos que las armaduras de estancias alargadas. Es decir, tal elección técnica resultaría muy adecuada para procesos de fundación de nuevas aldeas por escisión de pequeños grupos<sup>13</sup>, mediante iniciativas de colonización *encadenada* como las que venimos defendiendo. Posteriormente, tal modelo pudo mantenerse a lo largo de la vida aldeana por cuestiones ideológicas y de prestigio, buscando prolongar los modos de hacer de los antepasados.

#### 4. Balance y perspectivas

El objetivo inicial en este trabajo era obtener una visión alternativa del proceso de cambio cultural desde presupuestos rupturistas, centrándonos en las desiguales concepciones del hogar desplegadas tanto a nivel del núcleo básico de residencia y sociabilidad, como a una escala territorial. Como primera conclusión, hemos de advertir de los peligros que

<sup>13</sup> Idea sugerida por Ángel Esparza.

conlleven las simplificaciones excesivas cuando se basan en la pobreza de nuestro conocimiento, y más aún si tratamos de procesos complejos y multiformes como el aquí observado. Por ello, en el momento actual no parece posible desechar ninguna propuesta explicativa del cambio cultural Bronce-Hierro. La confrontación entre visiones gradualistas y procesuales frente a lecturas rupturistas, que enfatizan la diferencia, suele responder más al tipo de fuentes y escalas manejadas que a una confrontación real entre planteamientos antagónicos.

El estudio de la transformación de las estructuras domésticas y del poblamiento nos ha llevado a considerar unos procesos de cambio lento y paulatino, mediante estadios híbridos. Como hemos repetido a lo largo del texto, ello es debido a que la sustitución cultural y las transformaciones económicas y sociales se desenvuelven a distinto ritmo y quedan reflejadas en el registro material con muy desigual fortuna (Fernández-Posse, 1998: 154-155). Por nuestra parte, hemos pretendido mostrar cómo algunos argumentos en clave continuista –la coincidencia de materiales en las mismas estaciones o la predilección por los mismos paisajes– no soportan un análisis cuidadoso de las evidencias disponibles hoy día. Frente a ello, la dimensión demográfica del fenómeno ofrece líneas de trabajo de gran interés, que podrán ser desmentidas de forma más objetiva recurriendo a la bioarqueología. Al respecto, la escasa resolución cronológica sin duda está condicionando nuestra percepción de los cambios (Delibes *et al.*, 1999; Blasco, 2007: 71-72; Dávila, 2007: 23-24). Pero, pese a todo, resulta pertinente valorar la repercusión de las fluctuaciones demográficas sobre el proceso cultural, como un factor explicativo de primer orden (Shennan, 2000: 813). De momento sólo atisbamos ecos lejanos de tal variabilidad, pero al menos podemos comenzar a plantear la correspondencia entre la dinámica demográfica con las trayectorias culturales.

La posibilidad de que una parte significativa de la población biológica congregada en el solar del valle del Duero hacia 800 cal AC tenga una procedencia foránea se compadece mejor con los datos aquí consignados. Por un lado el crecimiento demográfico constatado desde ese momento, que alcanza umbrales desconocidos hasta entonces, parte de unos contingentes locales muy mermados. Precisamente la coyuntura 1200-900 cal AC en la

región del Duero se puede caracterizar como demográficamente deficitaria (Blanco González, 2010). Por otra parte, el movimiento de gentes dentro de nuestra unidad de estudio resulta una propiedad verídica, comúnmente aceptada, aunque nunca escrutada con suficiente rigor. La Submeseta Norte muestra así regiones que alternativamente funcionaron como nodos de emigración, frente a otras comarcas que acogieron colonos. En definitiva, estamos ante una intensa dinámica de interacción, que parece haber funcionado ya desde los siglos previos al Primer Hierro, implicando a otras regiones de origen, como el alto Ebro, el alto Tajo o la región extremeña (Fernández-Posse, 1998: 125-127; Jimeno y Martínez, 1999; Romero y Ramírez, 2001: 60-68; Ruiz Zapatero, 1995; 2007: 46-47).

Por último, resumiremos las líneas maestras de nuestra lectura interpretativa del proceso histórico Bronce-Hierro. Hemos pretendido replantear explícitamente tal problema historiográfico, yendo directamente al estudio de las instituciones sociales de cariz estructural, que organizan los cambios más aparentes, como son los aspectos culturales del proceso de cambio. La estrategia seguida viene sugerida por Kristiansen y Larsson (2006: 28) al señalar que “debemos olvidarnos momentáneamente de nuestra terminología arqueológica y traducir la evidencia en categorías sociales, económicas y cosmológicas con sentido. Y no debemos estudiarlas por separado, ya que es su combinación selectiva la que define los diferentes tipos de instituciones”. El hogar como objeto de estudio (Tringham, 1995) condensa el núcleo mismo de esas estructuras profundas, y requiere integrar parcelas que suelen tratarse de forma autónoma. Evitamos así un enfoque historicista y particularista, que hubiera centrado el interés en el reconocimiento positivo y el deslinde de las culturas arqueológicas a través de su rastro material. Semejante interpretación, basada en la distribución espacio-temporal de los rasgos culturales, estaría en gran medida sesgada por factores de representación aleatorios y carecería de la necesaria visión antropológica del fenómeno. No está de más recordar la escasa correspondencia advertida entre las entidades étnicas y culturales, y las unidades sociales y políticas, de menor extensión, que suelen estar contenidas en su seno (p. e. Mac Eachern, 1998: 113-114; Shennan, 2000: 812; Kristiansen y Larsson, 2006: 66 y 398-402, fig. 168). Pretendemos también superar las

dificultades de los planteamientos gradualistas, evolucionistas y procesuales. Éstos no atenderían correctamente al rol social activo de la cultura material más ubicua y cotidiana, ni son capaces de abstraer de forma adecuada las regularidades y divergencias simbólicas y cosmológicas.

Así, parece posible afirmar que la experiencia cotidiana de las gentes de Cogotas I quedó restringida a los ámbitos tradicionales, allí donde sus antecesores habían desarrollado gran parte de la vida social. Su nivel tecnológico relativamente “primitivo”, el mantenimiento de un volumen demográfico bajo y las propias condiciones ambientales en que se desarrollaron tales comunidades locales ciñeron y condicionaron su concepción del hogar. Las biografías del grupo co-residente y las trayectorias de uso de las arquitecturas domésticas resultan ser procesos íntimamente relacionados. La formación de familias seguiría un esquema de residencia neolocal; es decir, exigiría crear un hogar propio y diferente (Brück, 1999: 149-150). Nada invita a pensar que los grupos sociales parentelares, sus estructuras domésticas y sus prerrogativas sobre la tierra sobrevivieran a unos ciclos de vida de rango generacional (Webley, 2007b: 457-458). La muerte de los fundadores de tales unidades efímeras abocaría a la desmembración de bienes, alianzas y derechos, que serían nuevamente repartidos y adjudicados entre los descendientes. Por eso cada nueva cabaña parece evitar el solar de otras previas. Así pues, de estar en lo cierto, el hogar haría referencia a una realidad finita, cambiante, transitoria y ubicua, sede de unas vivencias recurrentes y reiterativas, pero siempre discontinuas. Así lo muestran los grandes ciclos rituales de la “arqueología del culto”, pero también los pequeños gestos consuetudinarios de la realidad más inmediata. De hecho, la propia reutilización de los mismos hitos monumentales a lo largo de la Prehistoria reciente (Delibes, 2000/01) refleja la perduración de esos modos de vida y de pensamiento vernáculos. Los aspectos parciales que conocemos durante el II milenio AC “se verían como parte de un mito y de episodios rituales comunes” (Kristiansen y Larsson, 2006: 25). Más allá de tan fragmentada realidad, formarían una estructura cosmológica coherente, ordenada según unos principios compartidos. Todo ello llegó a su fin hacia el cambio de milenio.

La respuesta ante los poderosos vectores del cambio histórico Bronce-Hierro (p. e. Esparza, 1995)

conllevó la instauración de un nuevo modelo socio-económico, más arraigado a la tierra, basado en unas relaciones sociales que enfatizan la memoria genealógica. Ruiz Gálvez (1992) sostiene que a comienzos del Hierro las referidas innovaciones tecnológicas vendrían acompañadas de una transformación en las reglas de filiación y tenencia de la tierra, como propiedad inmueble cuyos derechos se transmiten por herencia. Diversos autores (p. e. Brück, 1999: 160; Gerritsen, 2007: 162-168; Webley, 2007b: 458) han planteado escenarios similares para procesos históricos con no pocos puntos en común. En síntesis estaríamos ante la sustitución de las efímeras unidades sociales del Bronce por una verdadera “institución de la casa” mantenida bajo sucesivas generaciones, perpetuando el acervo arquitectónico e inmaterial legado por los predecesores (Blanco González, e. p. c). En tal sentido podría entenderse la fijación permanente del hogar y la fosilización de las estructuras domésticas –de sólidos zócalos y potentes alzados terreros–, que serán renovadas y adecentadas según un esquema que incorpora las trazas preexistentes. Se trata de los episodios sucesivos de una misma historia familiar, reconocida como tal por sus miembros, y dentro de la aldea por sus vecinos. El resultado arqueológico es una novedosa materialidad perseverante, acumulativa y vertical.

Por su parte, colonización y abandono son las dos caras que muestran los paisajes sociales de entonces. Ambos fenómenos comparecen a la par y se plasman con desigual intensidad en las distintas comarcas del Duero, como síntoma de diversos procesos de reordenación territorial. Así pues, los ámbitos de la experiencia inmediata, aquellos que forjaron las vivencias habituales, fueron para una fracción no desdeñable de la población, nuevos. Esto resulta claro para sucesivas generaciones de colonos afanados en la implantación de sus hogares en aquellos territorios agroforestales de las periferias serranas, no ocupados con anterioridad. La frecuentación previa de dichos entornos, ocasional y efímera, se sustituyó a partir de ahora por una presencia efectiva, merced a dinámicas de *colonización pionera encadenada*, en un proceso de apropiación de consecuencias tanto económicas como también simbólicas. Desde mediados del primer milenio AC (p. e. Esparza, 1986, 1995; Romero, 1991, 1999) tales regiones fueron vividas y percibidas de manera permanente y estable, lo que conllevaría su plena

‘activación’ cultural, como auténticos *paisajes* (Riede, 2005: 30-31). También en aquellos ámbitos sedimentarios de larga trayectoria agraria se operó una reordenación del hábitat. Desde el punto de vista social, todas estas características resultan acordes con una organización de tipo pregentilicia, según defiende Almagro-Gorbea (1993: 140-141; 2002: 59-63), o tal vez propiamente ya gentilicia (Ruiz Zapatero, 1995: 33-34; Álvarez-Sanchís, 1999: 109; Jimeno y Martínez, 1999: 185), como la que documentará siglos más tarde la epigrafía altoimperial en esta misma región (p. e. González Ruibal, 2006: 148-149, fig. 2).

En definitiva, durante el primer milenio AC se extiende y consolida por toda la región del Duero una nueva unidad social y cosmológica, cuyas propiedades estructurales trascienden los particularismos culturales. Múltiples trayectorias históricas, hasta entonces relativamente independientes, convergieron. Si bien se trató de procesos regionales no sincrónicos, el resultado histórico, irreversible y definitivo, supuso una extraordinaria transformación cualitativa. Semejantes cambios conllevarían un reajuste simbólico, resuelto en torno al cambio de milenio. Los nuevos principios que aseguraron la coherencia e integridad de las prácticas sociales del Hierro resultan difícilmente compatibles con los del Bronce. La institución de la casa sería uno de los resultados de tal proceso. La casa implica una concepción temporal lineal, como proceso abierto e inacabado, entroncado en los antepasados míticos fundadores del linaje –en ocasiones, los colonos pioneros–, y presenta una clara voluntad de perseverancia. Cada individuo participa en la vida aldeana de una manera conscientemente transitoria, como un eslabón más. Ahora no sólo el paisaje hogareño es apropiado y reclamado de forma exclusiva por sucesivas generaciones, sino que el propio solar en que se erige la unidad doméstica adquiriría una nueva percepción simbólica, radicalmente distinta a la de Cogotas I. Como señala González Ruibal (2006/07: 415) esta dimensión del registro doméstico resulta culturalmente coherente con la inexistencia de necrópolis entre tales grupos, pues en ellos “las referencias genealógicas se hallan incorporadas dentro del espacio doméstico y no en un lugar aparte donde toda la comunidad negocia sus vínculos gentilicios”. Por su parte, Esparza (e. p.) ha sugerido la instauración entre los grupos sotenses de “una nueva

forma de ‘ver’ el suelo”, probablemente sancionada por tabúes. Casas y aldeas, linajes y genealogías, comparecen durante el Hierro Antiguo desconectados de la tradición cultural inmediata. Su implantación exigiría la socialización de los individuos dentro de semejante marco normativo e institucional, distinto e inconciliable con el precedente. En suma, parece justificado afirmar que asistimos a la refundación del hogar, a su reinención conforme a unos principios cosmológicos que suplantán a los vigentes hasta entonces.

En definitiva, nuestra contribución permite perfilar el juego entre dos concepciones cosmológicas antagónicas, que conllevaron una muy distinta percepción del espacio y el tiempo, parámetros básicos en la configuración del hogar (González Ruibal, 2001). Hemos visto que transformaciones tan drásticas como las advertidas en distintas esferas, incluida la cultural, siguen siendo ambiguas y no concluyentes para caracterizar mejor a los protagonistas del proceso de cambio cultural Bronce-Hierro. El registro arqueológico de la cuenca del Duero requiere mucho más trabajo de campo para comenzar a delimitar las cuestiones aquí esbozadas. Pero sobre todo, antes de la comprobación bioantropológica de las hipótesis arqueológicas, éstas deberán desarrollar una terminología y unos procedimientos de contrastación más rigurosos y fundamentados. Entre las perspectivas que se divisan en el horizonte inmediato de la investigación, sin duda “habrá que realizar una cierta ‘limpieza’ conceptual crítica para poder redefinir una nueva posición teórica que no sea ni difusionista ni funcionalista” (Kristiansen y Larsson, 2006: 21).

Podemos admitir que las gentes de Cogotas I tomaron parte en el proceso de cambio histórico Bronce-Hierro, tal como se reclama desde lecturas continuistas (Fernández-Posse, 1998: 140). Pero también es cierto que en términos demográficos, culturales, sociales, políticos, religiosos, cosmológicos y vivenciales nos encontramos ante una rotunda cesura, cuyos estadios intermedios resultan cada vez más difíciles de reconocer. ¿No cabe por tanto plantearse la hipótesis de la llegada de gentes foráneas, que recondujeron de forma irreversible y decisiva los procesos regionales de transformación interna? Si esta última posibilidad cuadra mejor dentro del prisma rupturista, entonces nos decantamos por tal enfoque. El objetivo último, a muy largo plazo, podría consistir en recurrir al núcleo mismo donde se aprende y mantiene la

cultura y se moldea la mentalidad de los individuos. En este sentido, nos atreveríamos a sugerir el reconocimiento de transformaciones de una profundidad inusitada, incluso de tipo psíquico. En tal supuesto, la cuestión a resolver sería: ¿cambió sólo el contenido de la cultura o también el continente? Con ello nos preguntamos si estaremos ante un caso más de sustitución íntegra de conceptos culturales –tajante en sus resultados arqueológicos, pero resuelto mediante procesos internos y graduales– o si acaso pudieron mediar novedades de naturaleza cognitiva y sensorial, perfeñadas *dentro de otras mentes*.

### Agradecimientos

Las informaciones sobre yacimientos arqueológicos me fueron facilitadas desde la D. G. de Patrimonio Cultural de la Junta de Castilla y León. Agradezco a Ruth Tringham (Universidad de California, Berkeley), Joanna Brück (Colegio Universitario de Dublín) y Fokke Gerritsen (Universidad Libre de Ámsterdam) el haberme hecho llegar alguno de sus trabajos. El borrador inicial se ha beneficiado de las sugerencias de Alejandra Sánchez Polo y dos evaluadores anónimos.

### Bibliografía

- ABARQUERO MORAS, F. J. (2005): *Cogotas I. La difusión de un tipo cerámico durante la Edad del Bronce*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- ALFARO PEÑA, E. (2005): *Castillejos y Villares. Modelos de poblamiento antiguo en el interior del Sistema Ibérico*. Soria.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1993): “Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural”. En ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.): *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: Actas de El Escorial, pp. 121-173.
- (2002): “Urbanismo y sociedad en la Hispania Húmeda”. En BLAS, M. A. de y VILLA, A. (eds.): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la Cultura Castreña*. Navia: Coloquios de Arqueología de la Cuenca del Navia, pp. 47-80.
- ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (1999): *Los Vettones*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- (2000): “The Iron Age in Western Spain (800 BC-AD 50): An overview”, *Oxford Journal of Archaeology*, 19 (1), pp. 65-89.
- ANTHONY, D. (1997): “Prehistoric migration as social process”. En CHAPMAN, J. y HAMEROW, H. (eds.): *Migrations and Invasions in Archaeological Explanation*. BAR International Series, 664. Oxford: Archaeopress, pp. 21-32.
- AYÁN VILA, X. M. (2008): “A round Iron Age: the circular house in the hillforts of the northwestern Iberian Peninsula”, *e-Keltoi*, 6, pp. 903-1003.
- BELLIDO BLANCO, A. (1996): *Los campos de hoyos. Inicio de la economía agrícola en la Submeseta Norte*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (2006): *El Primer Milenio A.C. en la zona noroccidental de la provincia de Segovia: hacia la formación de Cauca (Coca), (Siglos XI-V a.C.)*. Tesis doctoral. Universidad Autónoma de Madrid.
- BLANCO GONZÁLEZ, A. (2008): “Tendencias del uso del suelo en el Valle Amblés (Ávila, España). Del Neolítico al Hierro Inicial”, *Zephyrus*, 62 (2), pp. 101-123.
- (2010): “Arqueología de la población entre la Edad del Bronce y el Primer Hierro (1800-400 AC): sobre procesos migratorios y colonizadores en la Submeseta Norte”, *Arqueología Espacial*, 28, *Arqueología de la Población*, pp. 361-379.
- (e. p. a): *Cambio cultural al sur del Duero (1800-400 cal AC). De los campos de hoyos a las aldeas desde un enfoque territorial*. BAR International Series. Oxford: Archaeopress.
- (e. p. b): “Práctica social, memoria y ritual en Cogotas I: esbozo teórico para un enfoque renovado”, *Trabajos de Prehistoria*.
- (e. p. c): “From huts to ‘the house’: the shift in home conceptions between the Bronze Age and the Early Iron Age in Central Iberia (Spain)”, *Oxford Journal of Archaeology*.
- BLANTON, R. E. (1994): *Houses and households. A comparative study*. New York y London: Plenum Press.
- BLASCO BOSQUED, M. C. (2004): “Los poblados ribereños de ‘hoyos’ en el entorno madrileño. Un modelo de asentamiento de la Edad del Bronce peninsular”. En GARCÍA, M.ª R. y MORALES, J. (coords.): *La península Ibérica en el II milenio AC: Poblados y fortificaciones*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 349-387.
- (2007): “El tránsito del Bronce Final al Hierro Antiguo en la cuenca baja del Manzanares”. En DÁVILA, A. F. (ed.): *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio*, vol. I. Madrid: Museo Arqueológico Regional, pp. 64-87.
- BRADLEY, R. (2005): *Ritual and domestic life in prehistoric Europe*. London: Routledge.
- BRÜCK, J. (1999): “Houses, Lifecycles and Deposition on Middle Bronze Age Settlements in Southern England”, *Proceedings of the Prehistoric Society*, 65, pp. 145-166.

- BURILLO MOZOTA, F. y ORTEGA ORTEGA, J. M. (1999): "El proceso de formación de las comunidades campesinas en el Sistema Ibérico (1400-400 a.C.)". En ARENAS, A. y PALACIOS, M. V. (eds.): *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los Encuentros sobre el Origen del Mundo Celtibérico*. Molina de Aragón, pp. 123-141.
- CARSTEN, J. y HUGH-JONES, S. (eds.): *About the House: Lévi-Strauss and Beyond*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CELIS SÁNCHEZ, J. (1996): "Origen, desarrollo y cambio en la Edad del Hierro de las tierras leonesas". En *Arqueoleón. Historia de León a través de la Arqueología*. León, pp. 41-68.
- (2002): "El Bronce Final y la primera Edad del Hierro en el noroeste de la Meseta". En BLAS, M. A. de y VILLA, A. (eds.): *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la Cultura Castreña*. Coloquios de Arqueología de la Cuenca del Navia (Navia, 2002), pp. 97-125.
- CUTTING, M. (2006): "More than one way to study a building: approaches to prehistoric household and settlement space", *Oxford Journal of Archaeology*, 25 (3), pp. 225-246.
- DÁVILA, A. F. (2007): "La Edad del Hierro en la Carpetania: una historia a medio contar". En DÁVILA, A. F. (ed.): *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio*, vol. I. Madrid: Museo Arqueológico Regional, pp. 14-34.
- DELIBES DE CASTRO, G. (2000/01): "Del Bronce al Hierro en el valle medio del Duero: una valoración del límite Cogotas I-Soto de Medinilla a partir de las manifestaciones de culto", *Zephyrus*, 53-54, pp. 293-309.
- (2003): "Antes de *Pintia*. Notas sobre el poblamiento prehistórico en el entorno de Padilla de Duero". En SANZ, C. y VELASCO, J. (eds.): *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones Arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid: Universidad de Valladolid, pp. 23-42.
- DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J. (2000): "La trayectoria cultural de la Prehistoria Reciente (6400-2500 BP) en la Submeseta Norte española: principales hitos de un proceso". En JORGE, V. (coord.): *Actas 3º Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. IV, *Pré-Historia Reciente da Península Ibérica*. Porto, pp. 95-122.
- DELIBES, G.; FERNÁNDEZ MANZANO, J.; FONTANEDA PÉREZ, E. y ROVIRA LLORENS, S. (1999): *Metalurgia de la Edad del Bronce en el piedemonte meridional de la Cordillera Cantábrica. La Colección Fontaneda*. Zamora: Junta de Castilla y León.
- DELIBES, G. y HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. (2007): *La Prehistoria*. Valladolid: Diputación Provincial de Valladolid.
- DELIBES, G. y ROMERO CARNICERO, F. (1992): "El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural". En ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica. Complutum Extra*, 2-3, pp. 233-258.
- (e. p.): "La colonización agraria del Valle Medio del Duero". En JIMENO, A. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.): *Los orígenes del urbanismo en la Meseta Norte. Aldeas y ciudades en el I Milenio a.C.* Barcelona: Crítica.
- DELIBES, G.; ROMERO, F.; SANZ, C.; ESCUDERO, Z. y SAN MIGUEL, L. C. (1995a): "Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio". En DELIBES, G.; ROMERO, F. y MORALES, A. (eds.): *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 49-146.
- DELIBES, G.; ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M.ª L. (1995b): "El poblado 'céltico' de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-1990". En DELIBES, G.; ROMERO, F. y MORALES, A. (eds.): *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 149-177.
- DÍAZ-DEL-RÍO, P. (2001): *La Formación del Paisaje Agrario: Madrid en el III y II milenios BC*. Madrid: Arqueología, Paleontología y Etnografía, 9. Comunidad de Madrid.
- ESPARZA ARROYO, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Zamora: Instituto de Estudios Florián de Ocampo, CSIC.
- (1990): "La Edad del Hierro en Zamora". En *Actas del Primer Congreso de Historia de Zamora*. Tomo 2, *Prehistoria-Mundo Antiguo*. Zamora, pp. 101-126.
- (1995): "La Primera Edad del Hierro". En ALBA, J. C. (coord.): *Historia de Zamora, I, De los Orígenes al Final del Medioevo*. Zamora: Diputación de Zamora, pp. 101-150.
- (2009): "El significado de los castros del noroeste zamorano". En *Actas III y IV Congreso de Antropología*. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo, pp. 29-37.
- (e. p.): "La aparición de los castros en el oeste de la Submeseta Norte". En *Actas II Coloquio de Arqueología del Navia. El Origen de los castros en el Bronce Final-Hierro*.
- FABIÁN GARCÍA, J. F. (2006): *El IV y III Milenio AC en el Valle Amblés (Ávila)*. Salamanca: Junta de Castilla y León.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid: Síntesis.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M.ª D. y SÁNCHEZ PALENCIA, F. J. (1998): "Las comunidades campesinas en la Cultura Castreña", *Trabajos de Prehistoria*, 55 (2), pp. 127-150.
- GERRITSEN, F. (2007): "Relocating the house. Social transformations in late prehistoric Northern Europe". En BECK, R. A. (ed.): *The Durable House. House Society Models in Archaeology*. Carbondale, pp. 154-174.
- GIDDENS, A. (1995): *La constitución de la sociedad: bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.

- GILLESPIE, S. D. (2000a): "Beyond Kinship: An Introduction". En JOYCE, R. A. y GILLESPIE, S. D. (eds.): *Beyond Kinship. Social and Material Reproduction in House Societies*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, pp. 1-21.
- (2000b): "Lévi-Strauss: Maison and Sociétés à Maison". En JOYCE, R. A. y GILLESPIE, S. D. (eds.): *Beyond Kinship. Social and Material Reproduction in House Societies*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, pp. 22-52.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2001): "Etnoarqueología de la vivienda en África subsahariana: Aspectos simbólicos y sociales", *Arqueoweb*, 3 (2). [URL: [www.ucm.es/info/arqueoweb/word/3\(2\)/africa.doc](http://www.ucm.es/info/arqueoweb/word/3(2)/africa.doc). Consultado: marzo 2010].
- (2003): *La experiencia del otro. Una introducción a la Etnoarqueología*. Madrid: Akal.
- (2006): "House societies vs. kinship-based societies: an archaeological case from Iron Age Europe", *Journal of Anthropological Archaeology*, 25 (1), pp. 144-173.
- (2006/07): *Galacios. Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica (1200 a.C.-50 d.C.)*. *Brigantium*, 18/19. La Coruña: Museo de San Antón.
- GONZÁLEZ-TABLAS, F. J. y DOMÍNGUEZ, A. (2002): *Los Castillejos de Sanchorreja (Ávila): Campañas de 1981, 1982 y 1985*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- HASEL GROVE, C. y POPE, R. (eds.) (2007): *The Earlier Iron Age in Britain and the near continent*. Oxford: Oxbow.
- HERRÁN MARTÍNEZ, J. I. (2008): *Arqueometalurgia de la Edad del Bronce en Castilla y León*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. y FERNÁNDEZ MORENO, J. J. (1991): *Los Tolmos de Caracena (Soria) (Campañas 1981 y 1982). Aportación al Bronce Medio de la Meseta*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. y MARTÍNEZ NARANJO, J. P. (1999): "El inicio de la Edad del Hierro en el nudo hidrográfico Alto Jalón-Alto Duero". En ARENAS, A. y PALACIOS, M. V. (eds.): *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los Encuentros sobre el Origen del Mundo Celtibérico*. Molina de Aragón, pp. 165-190.
- JOYCE, R. A. (2008): "Practice in and as Deposition". En MILLS, B. J. y WALTER, W. H. (eds.): *Memory Work. Archaeologies of material Practices*. Santa Fe: School for Advanced Research Press, pp. 25-40.
- JOYCE, R. A. y GILLESPIE, S. D. (eds.) (2000): *Beyond Kinship. Social and Material Reproduction in House Societies*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- KRISTIANSEN, K. (2001): *Europa antes de la Historia. Los fundamentos prehistóricos de la Europa de la Edad del Bronce y la Primera Edad del Hierro*. Barcelona: Ediciones Península.
- KRISTIANSEN, K. y LARSSON, T. B. (2006): *La emergencia de la sociedad del Bronce. Viajes, transmisiones y transformaciones*. Barcelona: Bellaterra.
- LOUBES, J.-P. (1985): *Arquitectura subterránea. Aproximación a un hábitat natural*. Barcelona: Gustavo Gili.
- MACARRO ALCALDE, C. (1999): *El primitivo asentamiento de Salmantica: aportaciones al conocimiento de la Cultura del Soto en el valle del Tormes*. Memoria de Licenciatura inédita. Universidad de Salamanca.
- MACARRO ALCALDE, C. y ALARIO GARCÍA, C. (2007): *Excavación Arqueológica en el Cerro de San Vicente, Salamanca. Campaña 2005-2007. 3ª Fase de las Obras de Protección de los Restos de la Planta del Antiguo Convento de San Vicente de Salamanca*. Documento inédito depositado en la D. G. de Patrimonio Cultural.
- MAC EACHERN, S. (1998): "Scale, style and cultural variation: Technological traditions in the northern Mandara Mountains". En STARK, M. (ed.): *The archaeology of social boundaries*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press, pp. 107-131.
- MARTÍN BAÑÓN, A. y VÍRSEDA SANZ, L. (2005): "Espacios domésticos y de almacenaje en la confluencia de los ríos Jarama y Manzanares". En BLANCO, A.; CANELO, C. y ESPARZA, A. (eds.): *Bronce Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Colección Aquilafuente, 86. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 181-195.
- MCANANY, P. A. y HODDER, I. (2009): "Thinking about stratigraphic sequence in social terms", *Archaeological Dialogues*, 16 (1), pp. 1-22.
- MISIEGO TEJEDA, J. C.; MARTÍN CARBAJO, M.; MARCOS CONTRERAS, G. J.; SANZ GARCÍA, F. J.; REDONDO, R.; DOVAL, M.; GARCÍA RIVERO, P. F. y GARCÍA MARTÍNEZ, M. I. (2003): "Excavación arqueológica en el poblado protohistórico de Dessobriga (Osorno, Palencia / Melgar de Fernamental, Burgos)". En MISIEGO, J. C. y ETXEBERRÍA, C. (coords.): *Actuaciones arqueológicas en la autovía del Camino de Santiago (A-231, León-Burgos)*. Provincia de Burgos. León, pp. 31-91.
- NIKOLOVA, L. (2005): "Approach to Anthropology of everydayness: Symbols in the prehistoric enculturation process". En NIKOLOVA, L.; FRITZ, J. y HIGGINS, J. (eds.): *Prehistoric Archaeology and Anthropological Theory and Education*. Salt Lake City y Karlovo: International Institute of Anthropology, pp. 101-106. [URL: <http://www.iianthropology.org/lnikolova>. Consultado: enero 2010].
- OLMO MARTÍN, J. del (2006): "Arqueología Aérea de las Ciudades Romanas en la Meseta Norte. Algunos ejemplos del urbanismo de la primera Edad del Hierro, segunda Edad del Hierro y Romanización". En *Nuevos Elementos de Ingeniería Romana. III Congreso de Obras Públicas Romanas*. Salamanca: Junta de Castilla y León, pp. 313-340.

- OREJAS, A. (1996): *Estructura social y territorio. El impacto romano en la cuenca noroccidental del Duero*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- ORTEGA ORTEGA, J. (1999): "Al margen de la 'identidad cultural': historia social y económica de las comunidades campesinas celtibéricas". En BURILLO, F. (coord.): *Economía. IV Simposio sobre los Celtiberos*. Zaragoza, pp. 417-452.
- PARCERO, C. (2002): *La construcción del paisaje social en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico*. Ortigueira: Fundación F. M. Ortigalia.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C. y BLANCO GARCÍA, J. F. (2000): "Nuevas investigaciones arqueológicas en Cauca", *Revista de Arqueología*, 228, pp. 38-47.
- QUINTANA LÓPEZ, J. y CRUZ SÁNCHEZ, P. J. (1996): "Del Bronce al Hierro en el centro de la Submeseta Norte. (Consideraciones desde el Inventario Arqueológico de Valladolid)", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXII, pp. 9-78.
- RALSTON, I. (2005): "Scottish roundhouses: the early chapters", *Scottish Archaeological Journal*, 25 (1), pp. 1-26.
- RAMÍREZ RAMÍREZ, M.<sup>a</sup> L. (1999): "La casa circular durante la Primera Edad del Hierro en el valle del Duero", *Numantia*, 7, pp. 67-94.
- RIEDE, F. (2005): "To Boldly Go Where No (Hu-)Man Has Gone Before. Some Thoughts On The Pioneer Colonization of Pristine Landscapes", *Archaeological Review from Cambridge*, 20 (1), pp. 20-38.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (2009): *Campesinos y "señores del campo". Tierra y poder en la protohistoria extremeña*. Barcelona: Bellaterra.
- RODRÍGUEZ MARCOS, J. A. (2007): *Estudio secuencial de la Edad del Bronce en la Ribera del Duero (provincia de Valladolid)*. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- ROMERO CARNICERO, F. (1991): *Los castros de la Edad del Hierro en el Norte de la provincia de Soria*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- (1992): "Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la primera Edad del Hierro". En BÁEZ MEZQUITA, J. M. (coord.): *Arquitectura popular de Castilla y León. Bases para un estudio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 175-211.
- (1999): "Orígenes y evolución del grupo castreño de la Sierra Norte soriana. La aportación de la cronología radiocarbónica". En ARENAS, J. A. y PALACIOS, M. V. (eds.): *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los Encuentros sobre el Origen del Mundo Celtibérico*. Molina de Aragón, pp. 143-164.
- ROMERO CARNICERO, F. y JIMENO MARTÍNEZ, A. (1993): "El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro". En ALMAGRO-GORBEA, M. (dir.): *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, pp. 175-222.
- ROMERO CARNICERO, F. y RAMÍREZ RAMÍREZ, M.<sup>a</sup> L. (1996): "La cultura del Soto. Reflexiones sobre los contactos entre el Duero Medio y las tierras del Sur peninsular durante la Primera Edad del Hierro". En QUEROL, M.<sup>a</sup> A. y CHAPA, T. (eds.): *Homenaje al Profesor Manuel Fernández-Miranda. Complutum Extra*, 6, tomo II, pp. 313-326.
- (2001): "Sobre el 'celtismo' de la 'cultura' del Soto", *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*, LXVII, pp. 49-80.
- ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (2008): "El primer milenio A.C. en las tierras del interior peninsular". En GRACIA ALONSO, F. (coord.): *De Iberia a Hispania*. Barcelona: Ariel, pp. 649-732.
- RUIZ-GÁLVEZ, M.<sup>a</sup> L. (1992): "La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica", *Spal*, 1, pp. 219-251.
- (1998): *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa occidental*. Barcelona: Crítica.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1995): "El substrato de la Celtiberia Citerior. El problema de las invasiones". En BURILLO, F. (coord.): *III Simposio sobre los Celtiberos. Poblamiento Celtibérico*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 25-40.
- (2007): "Antes del Hierro. Cultura y sociedad en el centro de la Meseta (ca. 1200-500 a.C.)". En DÁVILA, A. F. (ed.): *Estudios sobre la Edad del Hierro en la Carpetania. Registro arqueológico, secuencia y territorio*, vol. I. Zona Arqueológica, 10. Madrid, pp. 36-63.
- (2009): "Casas, comunidades y tipos de sociedad en el área céltica peninsular". En BELARTE, C. (ed.): *L'espai domèstic i la organització de la societat a la protohistòria de la Mediterrània occidental (ter mil·lenni a.C.)*. Arqueomediterrània, 11. Barcelona, pp. 225-243.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO ALVARADO, A. J. (1999): "Las raíces prehistóricas del mundo celtibérico". En ARENAS, J. A. y PALACIOS, M. V. (eds.): *El Origen del Mundo Celtibérico. Actas de los Encuentros sobre el Origen del Mundo Celtibérico*. Molina de Aragón, pp. 21-36.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1997): "Buscando a los vacceos, en el Iberespacio", *Kalathos*, 16, pp. 45-71.
- (2007): *La Edad del Hierro en la provincia de Burgos*. Salamanca: Diputación Provincial de Burgos.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D.; SAN MIGUEL MATÉ, L. C.; BARRIO MARTÍN, J. y CELIS SÁNCHEZ, J. (1995): "El poblamiento de época celtibérica en la cuenca media del Duero". En BURILLO, F. (coord.): *III Simposio sobre*



- los Celtiberos, Poblamiento Celtibérico*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, pp. 337-367.
- SÁNCHEZ POLO, A. (2010): "La muerte en arqueología: visiones cruzadas/posiciones encontradas", *El futuro del pasado*, 1, pp. 173-187. [URL: <http://www.elfuturodelpasado.com>. Consultado: marzo 2010].
- SANTIAGO PARDO, J. (2002): "De la Prehistoria tardía a la Alta Edad Media a través de la Arqueología". En MARTÍNEZ, P. (coord.): *Aguilar de Campos. Tres mil años de Historia*. Valladolid: Diputación de Valladolid, pp. 39-83.
- SASTRE PRATS, I. (2002): "Forms of social inequality in the Castro Culture of north-west Iberia", *European Journal of Archaeology*, 5 (2), pp. 213-248.
- (2008): "Community, Identity and Conflict. Iron Age Warfare in the Iberian Northwest", *Current Anthropology*, 49 (6), pp. 1021-1051.
- SECO VILLAR, M. y TRECEÑO LOSADA, F. (1995): "Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: 'La Mota', Medina del Campo". En DELIBES, G.; ROMERO, F. y MORALES, A. (eds.): *Arqueología y Medio Ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Valladolid: Junta de Castilla y León, pp. 219-306.
- SHENNAN, S. (2000): "Population, Culture History and the Dynamics of Culture Change", *Current Anthropology*, 41 (5), pp. 811-836.
- STEDMAN, S. R. (1996): "Recent research in the archaeology of architecture: beyond the foundations", *Journal of Archaeological Research*, 4 (1), pp. 511-593.
- STEVANOVIĆ, M. (1997): "The age of clay: The social dynamics of house destruction", *Journal of Anthropological Archaeology*, 16, pp. 334-395.
- TRINGHAM, R. (1995): "Archaeological houses, households, housework and the home". En BENJAMIN, D. y STEA, D. (eds.): *The Home: Words, Interpretations, Meanings, and Environments*. Avebury Press, pp. 79-107.
- (2000): "The Continuous House: A View from the Deep Past". En JOYCE, R. A. y GILLESPIE, S. D. (eds.): *Beyond Kinship. Social and Material Reproduction in House Societies*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, pp. 115-160.
- URIBARRI, J. L.; MARTÍNEZ, J. M. y LEIS, I. (1987): *Primeros asentamientos humanos en la ciudad de Burgos, I. El yacimiento arqueológico del Castillo y Cerro de San Miguel*. Burgos.
- WEBLEY, L. (2007a): "Using and Abandoning Roundhouses: A Reinterpretation of the Evidence from Late Bronze Age-Early Iron Age Southern England", *Oxford Journal of Archaeology*, 26 (2), pp. 127-144.
- (2007b): "Households and social change in Jutland, 500 BC – AD 200". En HASELGROVE, C. y MOORE, T. (eds.): *The Later Iron Age in Britain and Beyond*. Oxford: Oxbow Books, pp. 454-467.